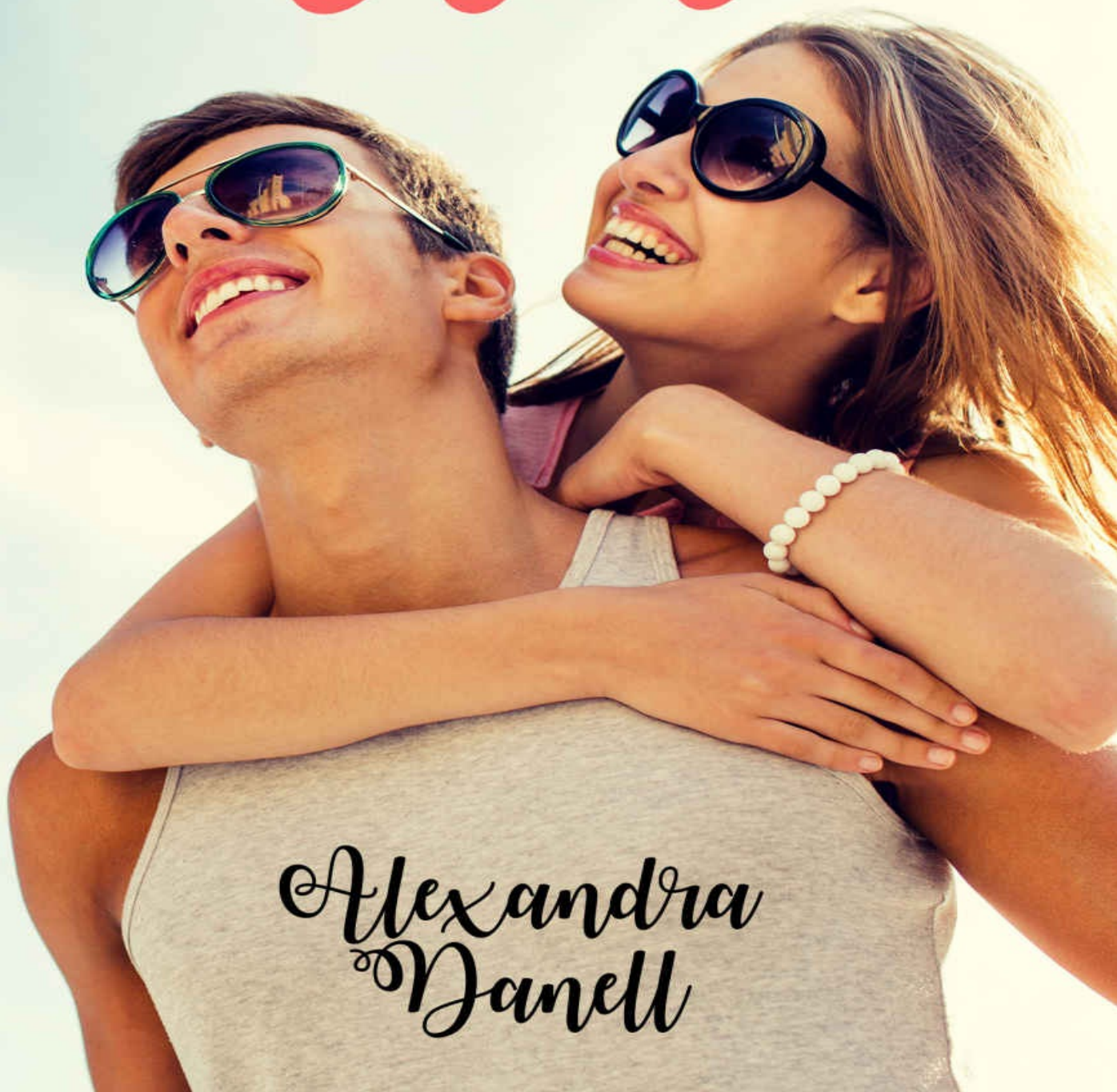


Un solo día



Alexandra
Danell

Un
solo
día

Alexandria Danell

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capitolo 11

Capitolo 12

Capitolo 13

Capitolo 14

Capitolo 15

Título: Un sólo día

©Alexandra Danell

©Dolce Books

Primera edición: junio, 2017

Diseño de portada: munyxDesign

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.





Capítulo 1

—Crystal, tu abuela tenía una obsesión con los cristales, de ahí viene tu nombre, pequeña — dijo el abuelo arrojándome y depositando un beso en mi cabeza rizada.

Se escuchaban los sapitos cantando en la noche, era una noche despejada, pero fría, estábamos en otoño; siempre he dicho, desde pequeña, que cuando el cielo está despejado y se ven las estrellas, va a hacer frío y nunca me equivoco con eso.

—Abuelo, espera —dije mirando hacia la ventana abierta de mi habitación — cuéntame cómo se conocieron la abuela y tú, por favor.

Mi abuelo se detuvo antes de girar el pomo de la puerta, se dio vuelta y me miró sonriendo con ternura. La luz de la luna se filtraba iluminando gran parte de la habitación, la cual no era muy grande. Su cabello estaba totalmente blanco. Mi abuelo ya estaba en sus 91 años de edad, se le veían los estragos de la edad, pero, aun así, era un hombre lleno de energía y fuerza.

—Tu abuela, mi querida Amelia, pareciera que nunca me dejó —dijo el abuelo con cara de nostalgia.

Se sentó en una silla mecedora junto a mi cama.

—Nos conocimos aquí en el pueblo, en ese entonces no se llamaba Ruta de león, se llamaba Ruta de luz, pero el viejo Arnold se quejó de que era un nombre muy cursi y débil para un pueblo tan prometedor. La esposa de uno de sus hermanos fue la que le dio el nombre original. Amelia en cambio adoraba su nombre real, decía que efectivamente este era un pueblo de luz, y puede que fuerte como un león, ella quería que se llamase Ruta de luz de león, pero el gruñón de Arnold, fundador del pueblo, no aceptó que nadie lo contradijera. Arnold, poco después de cambiarlo, falleció.

Me subí el cobertor hasta la barbilla, me daba miedo el viejo Arnold, ya que, según leyendas del pueblo, su casa, la primera casa que se construyó en todo el pueblo, seguía deshabitada desde su muerte, que sucedió hace 50 años atrás.

—Pequeña, no tengas miedo, él no era un hombre malo. Sí gruñón, su vida fue muy dura, llegó a estas tierras y construyó todo junto a sus hermanos varones; como sabes, mi pequeña Crystal, mañana se cumplen 128 años, es el aniversario de la fundación del pueblo. El viejo Arnold vino a estas tierras a los 5 años de edad, y cuando tenía 10 años, terminaron de construirlo, solo requirió de 5 años; se especula que fue en más tiempo, pero los registros originales aún existen copias de ellos donde lo prueban. Todos los hermanos fallecieron, ninguno tuvo hijos, menos Arnold, él tuvo 7 hijos, 5 varones y dos hembras a la edad de 50.

—Abuelo, y... él señor Arnold, ¿de que murió? —pregunté asustada.

—Murió de un ataque al corazón, no se cuidaba, tenía muchos excesos, pequeña. Murió a los 88 años de edad, yo por ese entonces tenía 41 años.

—¿A qué edad viniste al pueblo?

—A los 18, mis padres compraron la única panadería en ese entonces, la mejoraron y hasta el sol de hoy, ha dado muchos frutos, mi bella Crystal —dijo sonriéndome y pasándome una mano por la cabeza.

Sí, era cierto, la panadería ahora le pertenecía a mi abuelo Ron. Mis bisabuelos se la heredaron. El abuelo fue hijo único y tuvo con mi abuela 4 hijos, uno de ellos es mi papá, Eric, el menor de sus hermanos, el mayor es Richard, luego está mi tía Anna, le sigue Tom y por último mi papá, el cual la maneja junto a mi mamá, ya que el abuelo se retiró, aunque le gusta ir de vez en cuando para preparar su famoso pan artesanal, receta de mi abuela.

—Al poco tiempo de venir a vivir al pueblo, conocí a Amelia —los ojos del abuelo centellaron, era impresionante, después de tantas veces que me contaba la historia, cómo sus ojos brillaban de emoción por el recuerdo de mi amada abuela; hizo una pausa, se aclaró la garganta y prosiguió:

—Curiosamente era mi cumpleaños, cuando una tarde, a las 3, lo recuerdo perfectamente, una hermosa jovencita de cabello rizado, rubio, tan claro que parecía blanco, con los ojos más espectaculares que nunca antes había visto; tenía unos ojos azules grisáceos, pero no era el color lo que me hechizó, era el tamaño, eran grandes, parecía una muñeca, como una caricatura tal vez, no

sabría cómo explicarlo, no llevaba nada de maquillaje, tan solo un cintillo de tela de color azul claro que hacía juego con sus ojos, llevaba un vestido sencillo blanco, con pequeñas flores azul oscuro esparcidas por todo el vestido, el cual le llegaba un poco más debajo de las rodillas. Yo estaba parado en el mostrador, del lado donde se atiende al público, recuerdo que tenía unos guantes de bolsa en cada mano ya que estaba ordenando unas galletas. Tu abuela se acercó, me regaló una sonrisa, tan radiante como aquel día soleado, se presentó, ofreciéndome su mano para estrecharla, me tomó por sorpresa ese gesto y se me cayeron al suelo unas cuantas galletas de mantequilla. Tu abuela, sin pensarlo, levantó una tabla de madera para llegar hasta mí. Se agachó y comenzó a recoger las galletas, yo me quedé mirándola embobado, hasta que reaccioné y me agaché con ella, y ahí fue cuando me quité los guantes y sin querer rocé mis manos con las de ella. El tiempo se detuvo, nos vimos a los ojos, y supe que había conocido a la mujer de mi vida. —el abuelo se frotó los ojos en un gesto de cansancio, siempre esperaba que llorase, pero solo se frotaba los ojos y por la misma razón pensé que solo era cansancio, pero esa noche me di cuenta que solo trataba de no llorar.

—Me encanta esa historia, abuelo, gracias por contármela —dije, me levanté de la cama y me senté en su regazo, me envolvió con sus brazos y me besó la frente.

8 años después.

Mi abuelo falleció a los 98 años de edad, eso fue el año pasado, el 5 de enero, yo tenía 16 años, ya que cumpliría los 17 el 1 de febrero. Hoy cumpla 18 años

de edad. La última vez que mi abuelo me contó cómo se conocieron él y la abuela, yo tenía 10 años. Después de esa noche, mis padres se llevaron al abuelo fuera del pueblo ya que mi tío Tom estuvo enfermo en esa época y mi papá, junto con mi abuelo, tuvieron que ir a Canadá. El abuelo regresó al pueblo un año antes de fallecer. Estuve años sin verlo, me llamaba todos los días y me enviaba cartas, aún las guardo con mucho amor. El año en que regresó, fue para mi 15 cumpleaños, me regaló un hermoso guardapelo en forma de corazón, de plata, con la foto de él y de mi abuela. La foto era del día de su matrimonio; nunca me quito el guardapelo, tan solo para bañarme. Mi tío Tom se curó. A mis tíos los conozco solo por fotos y por postales que enviaban de vez en cuando, lo mismo sucede con mis primos, yo soy hija única, en cambio, mis primos sí tienen hermanos.

Las cosas siguen cambiando en el pueblo; antes de morir el fundador, Arnold, el pueblo no dejó de crecer. Tiene escuela primaria, secundaria, universidad, hasta hay un centro comercial, hay dos autocines, muchas posadas, un hotel, un parque acuático, tres panaderías. La principal, la de mi familia, es la más concurrida, y la más grande. Los habitantes del pueblo éramos unos 320.000 habitantes. Gracias a los nuevos socios de la familia Stuart, la familia del viejo Arnold. El pueblo, en 8 años, creció de golpe, se construyeron más casas y ahora somos 400.000 habitantes más o menos, en tan solo 8 años; el turismo también creció, mi mamá se encargó, con las personas adecuadas, en popularizar la gastronomía del pueblo. Mi papá antes se ocupaba de la panadería, pero cuando era un adolescente. Después solo pasaba de vez en cuando, ya que es arquitecto, lo más irónico del asunto es que papá no estudió en la universidad de aquí, fue a una en Nueva York. Mi mamá conoció a mi papá en Nueva York, cuando papá casi terminaba de graduarse, se conocieron en una fiesta de navidad, tenían amigos en común. Papá fue el único hijo del

abuelo en decidir vivir en el pueblo. Mi tío Richard, que tiene 47 años de edad, se mudó al terminar el instituto, se fue a estudiar a la misma universidad que papá, obviamente primero que mi papá. Tiene 3 hijas mayores que yo. Mi tía Anna, de 46 años, le rogó prácticamente a mi abuela que la dejaran viajar a Paris, donde vivía la única hermana de mi abuela, de nombre Beatriz; mi tía solo tenía 13 años, a mi abuelo Ron le costó mucho dejarla ir, era su única niña, sin embargo, le dieron permiso. Mi tía, hasta el día de hoy, sigue viviendo allí, se casó con un francés y tuvo dos hijos varones, también mayores que yo; mi tío Tom, de 44 años, tiene 2 hijos, una niña y un varón, menores que yo. Mi papá se convirtió en padre a los 25 años, hoy en día tiene 43 años, mi mamá tenía 22 años cuando yo nací, ahora tiene 40 años. Mis primas, las hijas de Richard, Jess, Emily y Gaby, viven en Europa, en Londres. Jess, la mayor, tiene 23 años, ya está graduada de la universidad, eso sí, ni idea de en qué se graduó. Emily, de 21 años, aún está cursando la universidad, está finalizándola, y Gaby de 19 años, aún no la ha comenzado, para mi sorpresa, vendrá a vivir al pueblo, a este pueblo, se graduó del instituto a los 17 años, pero se cogió un año para viajar, bueno... más de un año. Hace poco cumplió los 19 y mi papá me dijo muy alegremente que Gaby vendría a vivir un tiempo al pueblo junto a su papá y la nueva esposa de él, y ella no solo es su esposa, también es su socia. Por otro lado, los hijos de mi tía Anna, Mark y Sam, Mark de 26, y Sam de 24, vendrán en nombre de mi tía para invertir en el pueblo, son empresarios de marketing. Los hijos de mi tío Tom, su hija Danna tiene 10 años y Tony 8. Mi tío Tom, desde que se curó de un cáncer que le localizaron en un lunar, gracias a Dios y a mi abuelo que le preparó un jarabe de sábila, el cual mi tío aún continúa tomando, lo toma un mes sí, un mes no para descansar un poco de él, es natural y ayuda en muchas cosas. Los médicos se quedaron impresionados cuando revisaron a mi tío y vieron cómo el jarabe de sábila con miel y licor, lo curó. El jarabe está publicado en

Internet, le llaman lágrimas de Dios, o sencillamente pones brebaje de sábila, miel y licor, cura contra el cáncer. Desde que se curó, decidió venir a vivir al pueblo. Quiere que sus hijos estudien en el instituto aquí, vendrá con su esposa Selena. Ya compraron una de las nuevas casas, la estrenarán en dos meses; en cambio Gaby vivirá en esta casa, la casa que fue de mis abuelos, la casa que ahora es de mi papá, realmente les pertenece a todos los hijos de mis abuelos, pero a ellos no les importó que papá la tomara para él. Llegaron a un acuerdo para no tener problemas legales. Mark, en cambio, decidió alquilar un apartamento en la zona más nueva del pueblo, yo le digo la zona de los ricos. En un sector apartamentos, cerca de ahí, está la zona exclusiva para casas y luego están las casas originales a media hora de distancia de la nueva zona del pueblo, las cuales son más grandes y antiguas, casi todas se tuvieron que remodelar, incluyendo la de mis abuelos. La única que nunca se ha tocado es la del viejo Arnold, está igual que hace 140 años, ya que la casa fue lo primero que construyeron los hermanos de Arnold; duraron un año construyéndola, sorprendentemente aún está en pie, pero muy deteriorada. La casa de mis abuelos es muy bonita y después de todas las remodelaciones, no tiene mucho que envidiarle a las nuevas. Sam también decidió dormir aquí; esta casa tiene 7 habitaciones, mis padres tienen una, yo tengo una; mis padres tienen la que era de mis abuelos, la habitación principal, la mía era de mi tía Anna. La habitación que fue de mi tío Richard pasó a ser de mis abuelos después de que mi abuela falleciera, ella falleció cuando yo tenía 3 años de edad, murió de hipotermia, se quedó dormida. Después de su muerte, mi abuelo no pudo dormir más en el cuarto que fue de Richard, se acordaba mucho de mi abuela, así que comenzó a usar el cuarto que fue de mi papá. Mis abuelos, por regalo de boda para mi papá, le cedieron su habitación. Mi papá y mi mamá Alicia no quisieron aceptar, les daba vergüenza. Papá tenía ahorrado suficiente para comprarse una casa en la zona nueva del pueblo, pero

mi abuelo le pidió que aceptara el regalo, papá no se negó, ya que adora esta casa, mamá, en cambio, no tanto, ella quería comenzar de cero, no usando la casa de sus suegros. Sam usará la habitación que era de Tom y Gaby dormirá conmigo. La habitación que era de Richard se convirtió en una habitación para guardar cosas, hay muchos estantes y la cama que estaba ahí se retiró, se vendió en una venta de garajes; había muchísimas cosas para vender, todas las camas se vendieron y se compraron nuevas, pero no hizo falta comprar una cama para la antigua habitación de Richard, ya que no tiene esa finalidad. Las otras 2 habitaciones restantes, una es un estudio y la otra es una sala de tv. Todas las habitaciones quedan en la planta alta y abajo está el comedor, la sala, donde hay un tv pantalla plana, luego la cocina; hay un porche, un garaje y en el patio trasero hay una canasta de básquet. Mis padres han invertido mucho en la casa, tanto por fuera como por dentro, casi todos los muebles se cambiaron o se mejoraron. En mayo se muda Tom con su familia y mañana llega Gaby de Londres con su papá, que, por supuesto se quedará en el único hotel del pueblo, que es de 4 estrellas. Al parecer, Gaby fue la que le dijo a su papá que no dormiría en un hotel, cosa que me sorprendió mucho, ya que sus hijas son muy mimadas. Sam llegará el sábado 4. Y oficialmente, a partir de mañana, mi vida cambiará totalmente, ya que nadie me dijo que no solo conoceré a mis primos, sino también a sus amigos. Gaby trajo consigo a sus dos mejores amigas y a su novio Harold. Sam trajo a su novia y a tres amigos más la mejor amiga de su novia, y así es como me convertí, de la noche a la mañana, en una chica rebelde, o al menos ya lo era, pero estuve dormida por 17 años, tiempo perfecto para despertar siendo mayor de edad.

Día 1, 2 de febrero del 2017.

Gaby era la típica chica con actitud de muñeca Barbie. Rubia, como lo fue mi abuela Amelia, y yo que pensaba que no éramos los nietos quienes sacaríamos los genes de los abuelos, pensé que serían nuestros hijos.

—Hola —saludó Gaby, dándome dos besos, casi en el aire, en ambas mejillas. Su acento era mono; desde que vi Harry Potter adoré Inglaterra y créanme, no es sarcasmo, adoro Inglaterra, pero Gaby se ve muy plástica, y eso no tiene nada que ver con su lugar de nacimiento, más bien con su personalidad.

—Hola —respondí, tratando de no reírme en su cara. Por eso nunca tuve muñecas Barbie. La chica era tan falsa..., sin embargo, puse mi mejor cara. Mi mamá me dijo, antes de dejar la casa: Crystal, sé decente y ten paciencia, cosa que no posees, así que haz que aparezca en tu sistema.

Siempre fui la típica chica de casa. Al ser hija única, me exigían mucho, sobre todo mi papá, mi mamá era más suave, ambos me educaron perfectamente, con etiqueta y todo, pero con humildad, gracias a mis abuelos; digamos que podía estar vestida tan sencilla, con un saco de papas, por ejemplo, e ir a comer al sitio más lujoso del mundo, y sabía cómo comportarme. Solo que, para ser sincera, odiaba todo lo exagerado de las reglas de la sociedad, a mí me bastaba con lo básico, decir buenos días, buenas tardes, buenas noches, saber comer, etc.

—¡Crystal! —llamó el que supuse era mi tío, con un muy marcado acento inglés. Papá me decía, bromeando, que su hermano adoptó rápidamente el acento. Él pensaba que lo harían solo sus hijas, ya que nacieron allí, le sorprendió que se le pegara a él.

¡Vaya!, mi tío, parecía sacado de una revista de moda, era bastante guapo y vestía como el maniquí de una tienda lujosa, jamás vi a mi papá vestir tan a la moda. Su esposa Kat, la cual parecía de unos 28 años de edad, tal vez menos, esa sí era la típica modelo de pasarela, tan ridículamente delgada, más que Gaby, tal vez unos 5 kilos menos. No me malinterpreten, Gaby era alta, de unos 1.78 metros de altura y pesaba, tal vez, unos 60 kilos, en cambio Kat era mucho más alta, 1.85 o eran los tacones que llevaba que la hacían ver así de alta, pero se veía mucho más delgada; tenía el cabello largo, casi hasta la cintura, hermoso, brillante y de color negro; Gaby lo tenía corto, rubio como la abuela, un rubio casi blanco, hasta la mitad de las mejillas, lo tenía alborotado, le quedaba muy bien con su tipo de cara, sus ojos eran azules, pero no como los de la abuela. Al parecer nadie logró heredar esos espectaculares ojos de los que mi abuelo se enamoró. Había muchas fotos de la abuela y en todas resaltaban sus ojos.

Richard me dio un breve abrazo y me presentó a su joven esposa.

Mucho gusto, le dije dándole la mano a Kat, ella la apartó y me abrazó efusivamente, vi de reojo cómo Gaby puso los ojos en blanco.

—Bueno, bueno, por fin te conozco, Crystal —Dijo Richard.

—Sí —dije regalándole mi mejor sonrisa, estaba algo incómoda.

—Me puedes decir tío —dijo sonriéndome, parecía una sonrisa genuina, así que le regalé una igual.

—A mí me puedes decir Crys, tío. —dije.

—Bueno, cristalería, vamos, vamos, que quiero conocer al tío Eric y a la tía Alicia.

Es oficial, Barbie Londres y yo no nos llevaremos bien como esperaba. Sí, patéticamente pensé que nos llevaríamos bien. Aunque en el fondo supuse que no.

Richard y Kat ignoraron el chiste de mal gusto de Gaby ya que iban delante de nosotras.

—Lindo atuendo, Barbie —le solté a mi queridísima prima y caminé delante de ella.

—Disculpa, ¿cómo me llamaste? —dijo frenándose y tomándose bruscamente del codo, casi hace que me caiga.

—¡Ay! Perdón, es que me recuerdas a la muñeca Barbie, además, tú te tomaste la libertad de burlarte de mi nombre —me puse dos dedos en los labios, fruncí el ceño y dije —. Me llamaste cristalería, así que como te tomaste la libertad de cambiarme el nombre, pues Barbie serás ahora —dije riéndome y regalándole mi mejor sonrisa maliciosa.

—¡Vaya!, la primita del pueblucho tiene garras, ¡quién lo diría, no! —dijo caminando, sin girarse a mirarme. Me hervía la sangre, la muy zorra se atrevió a burlarse de mi procedencia, del pueblo donde mis abuelos se enamoraron. ¡Ok!, si quiere guerra, guerra tendrá. Puse mi mejor cara, no dejaría que la Barbie inglesa me jodiera el día.

Mientras caminaba pensando en cómo vengarme, vi en la parada de taxis a mi tío Richard, se me hacía difícil verlo como mi tío y más llamarlo así. Hacía que Kat y su odiosa hija subieran al coche, luego se volvió para mirarme y me hizo señas de que me esperara justo donde estaba. Cosa que hizo que frunciera el ceño, pensé que más bien me haría señas para apresurar el paso, ya que de mala gana me estaba tardando en caminar hacia el taxi, quería esperar que la malcriada niña de papá se subiese primero; me quedé quieta, luego mi tío caminó hacia mí.

—Crystal, necesito que te quedes aquí. Si es posible, una hora más, por favor —dijo sacando su móvil del bolsillo de su gabardina.

—¡Eh!, pero...

—Lo siento, casi me olvido del novio de Gaby, Harold; él llega en una hora y Gaby me había pedido, desde hace una semana, que quería que yo lo esperase, ya que él no conoce el pueblo. Ella quiere tiempo para arreglarse, por el vuelo, ya sabes, cosas de chica, pero yo no puedo esperarlo, tengo que hacer unos trámites antes de ir a casa de tu papá. Puedes, por favor esperarlo tú y toma, aquí tienes... no sé si necesitas dinero para regresar en taxi a casa —dijo comenzando a sacar su cartera. Lo detuve.

—No, tranquilo, yo lo pago —dije tratando de controlar mi temperamento. El cual siempre estaba medio apagado, muy pocas veces me enfurecía, mi vida era aburrida, carecía de emoción, lo emocionante me lo proporcionaban mi abuelo y mis eternos libros; ahora solo éramos mis libros y yo.

Ni siquiera le di las gracias, el comentario de su hija estaba reciente en mi memoria. “La primita del pueblucho”. Esa frase decía más que mil ofensas. Sobre dinero, era cierto, mis padres no eran millonarios, por eso no podía permitirme el lujo de estudiar afuera, como hicieron papá y mamá, por eso me negaba a estudiar en la universidad del pueblo, no era mala, pero mi cuerpo me pedía a gritos salir del pueblo. Me sentía un poco egoísta ya que mis abuelos se enamoraron aquí, pero era su historia, no la mía. Es cierto, siempre amaría este pueblo, pero quería salir y conocer mundo. Así que, desde los 13 años, trabajo en la única librería del pueblo. Tengo una cuenta a mi nombre en el banco del pueblo; mi plan es ir a Nueva York y estudiar en la universidad que estudió mi papá. Es increíble, quiero estudiar letras ahí; la verdad es que no me importa si entro a los 21 años. Este año tengo planeado tomar, además del empleo en la librería, un trabajo en el centro comercial, en una tienda de ropa interior para mujeres, “el paraíso de la ropa interior para ella”. Lo sé, yo tampoco me veo vendiéndola.

—¿Segura?! ¿No tienes ningún problema al esperar a Harold? Es tan solo una hora, él salió después que nosotros. — Dijo mirando su reloj de oro.

Suspiré.

—No, está bien, yo lo espero, ve tranquilo, tío —dije intentando poner una sonrisa en mi cara. Creo que lo logré, porque subió la mirada, me sonrió y me palmeó el hombro derecho.

—Bien, excelente. Nos vemos entonces —dijo dándose la vuelta, pero no hacia los taxis, supuse que iría a alquilar un coche.

Me di vuelta para esperar al novio de Gaby. ¡Excelente!, de seguro era un Ken; ¡oh, por favor!, espero que no sea Ken, suficiente tengo con Barbie. La hora la pasé caminando, y comprando en la máquina dispensadora que vi más cerca, compré una limonada y unos caramelos; luego fui al baño de señoras a orinar, después de lavarme las manos, me miré al espejo. El baño estaba vacío, tan solo eran las 8 de la mañana. Ese día decidí ponerme un pantalón deportivo de color negro que tenía una raya blanca en cada lado de las piernas y una camisa sin mangas de color verde militar con el logo de una estrella color plata en medio de los pechos. Un sujetador deportivo negro y unas bragas negras de algodón, más mis inseparables deportivas negras, los más usadas que tenía, pero en buen estado, eran mis favoritas. Mi cabello recogido en una sencilla cola de caballo. Lo tenía marrón oscuro, liso pero abundante, al soltármelo era una hermosa melena, estaba orgullosa de mi cabello, aunque era difícil de tratar; sí, llevaba mucho tiempo usando colas, se me enredaba, de pequeña mi mamá me lo alisaba y me cansé, así que me lo dejé natural. El maquillaje era nulo, no lo usaba, no llevaba ahora, ni falta me hacía. La única vez que me maquillé fue cuando cumplí 15 años, mi mamá me insistió en hacerlo para ver cómo había crecido su señorita; me puse un poco de polvo quita brillo, una simple rayita negra bajo cada ojo y sombra en cada uno, color marrón claro, colorete en las mejillas de color rojo y pintalabios rosa pálido. Quiso ponerme en las pestañas rímel, pero no la dejé; admito que me encantó, las rayas negras bajo los ojos, hasta osadamente me puse unas rayas en los párpados y me delineé la boca antes de pintármela. Usé un delineador de labios color rojo vino tinto. Algo que sí adoraba era pintarme las uñas de colores oscuros. Mamá se queja siempre de eso, me dice que use colores claros, pero prefería mil veces el negro que el rosa; eso sí, no podía pintarme todo el tiempo las uñas ya que una vez se me pusieron amarillas por no dejarlas respirar, así que descansaba un tiempo antes de pintármelas

nuevamente. Ahora sí las llevaba de color verde militar. En accesorios, tenía unos aros en cada oreja, aros grandes plateados, y como tenía dos perforaciones de más en cada oreja, me coloqué dos pendientes pequeños de plata en cada uno; el guardapelo de mi abuelo y de colonia, una loción de bebé que usaba de niña, me gustó tanto que siempre la compraba, desde que mis padres me la pusieron por primera vez cuando era una bebé.

Al salir del baño, miré la hora en mi móvil, faltaban solo 10 minutos para que el avión aterrizara. Me senté, saqué mis auriculares de mi bolso de tela que siempre usaba cruzado, me puse a oír música hasta que recordé, a los 5 minutos, que no tenía un papel indicando el nombre de Harold. Me levanté de prisa, sin quitarme los auriculares, abrí mi bolso y me puse a buscar rápidamente un papel. ¡Nada!, no había nada, simplemente, ¡genial! ¡Dios!, no pensé en eso. Ni a mi tío se le ocurrió la brillante idea de que Harold, no sabía cómo era mi cara, es más, nadie se molestó en avisarle que era yo la que lo esperaba, ¡simplemente genial!

Comencé a mirar si había alguna tienda para poder comprar una libreta, lo que fuese para poder escribir, pero ya no quedaba tiempo y a pesar de que había gente, aunque no mucha, no logré ver a alguien que llevara esos cartelitos con nombres. Miré y miré por todas partes, si alguien estaba usando uno, o ya lo había dejado de usar, pero qué va, ¡no!, seguía perdiendo el tiempo, así que me acerqué a información. Una mujer muy sonriente, de nombre Rita, con los labios pintados de un rojo chillón, sonreía mostrando los dientes. La mujer parecía tener unos 30 años de edad.

Capítulo 2

—Hola, buenos días, me preguntaba, si no es molestia, si me podría dejar una hoja, es una emergencia, gracias —dije sonriendo, sin enseñar los dientes, lo hacía muy poco.

La mujer me respondió a los buenos días y estoy segura de que de mala gana aceptó ayudarme, pero con la lentitud de un caracol.

Comencé a desesperarme y a preguntarme si ya había bajado Ken del avión. Lo que pareció una eternidad después, Rita me entregó una hoja con rayas rojas. ¡De verdad! Quise preguntarle, ¿por qué tuvo que tardarse tanto en arrancar una mísera hoja de un cuaderno?, pero no tenía tiempo, el novio de Barbie probablemente ya estaba desde hace más de... miré mi móvil... 15 minutos fuera del avión, espero que no sea así, que se tarden en aterrizar y todo eso.

¡Oh, genial!, no tengo con qué escribir. Me di vuelta para mirar a Rita, que en ese momento estaba con su sonrisa de “en qué puedo ayudarte, aunque no

quiero hacerlo”; estaba atendiendo a una pareja de ancianos, no podía esperar que terminara de atenderlos. ¡Mierda!, saqué mi lápiz negro para los ojos y escribí Harold. Tuve que pasar varias veces el lápiz sobre las letras para darles grosor y en el proceso me ensucié los dedos.

Corrí hacia donde la gente esperaba a sus familiares, amigos, etc. Entonces lo hice, por primera vez en mi vida alcé una hoja con el nombre de alguien, me sentía ridícula. Esperé y miré entre todos los rostros que saludaban con apretones de mano, palmadas en la espalda, abrazos, besos. Pero no aparecía el dichoso novio de Barbie, bajé la hoja y comencé a caminar, a lo mejor está buscando tomarse un café o está llamando a su insufrible novia. Barrí el lugar con la vista para ver si había alguien con un móvil en la mano, pero era más que obvio, todos llevaban uno, ¡cómo no! Fui hacia la cafetería, al entrar estaba llena de gente, era más que obvio, a esta hora todos buscan cafeína. Traté de encontrar entre los rostros a algún hombre joven, de unos veinte tantos años, pero había muchos y no tenía ni idea de cómo lucía un británico, al menos que hablara, así que, sintiéndome una vez más ridícula, mucho más que antes, subí el cartel sobre mi cabeza. Nadie me miraba, por suerte, bueno, uno que otro que caminaba hacia la salida, estuve casi dos minutos así. ¡Y nada!, me di por vencida. Pedí un café para llevar y salí con la hoja pegada a mi pecho. Mientras me tomaba el café, no me di cuenta que el lado donde escribí el nombre estaba expuesto hacia afuera. Bueno, mejor así, sino me habría manchado la camisa. Y otra cosa que no noté era que Harold vio su nombre. Eso lo sé porque Ken resultó ser.... que no era un Ken.

Me senté en una mesa para uno coloqué la hoja encima de la mesa, junto con mi café y saqué mi móvil. Tenía que llamar a mi casa e informar que el novio de Barbie se perdió o simplemente se las ingenió para ir al pueblo. Pero

decidí primero tomarme mi café, no quería parecer una tonta, ganaría tiempo, así parecería como si me esforcé en buscar al Ken perdido. Abrí el bolso para guardar el móvil y me fijé en mi lápiz negro recién usado. Lo saqué. Y para matar el tiempo, taché el nombre de Harold y escribí abajo el nombre de Ken. Dibujé una muy fea Barbie, simplemente un palito con dos círculos pequeños, mi primita podría tener mucho ego, pero en senos era escasa; terminé mi obra maestra poniéndole una falda y los ojos bizcos. ¡Lo sé! ¡Lo sé! A veces sacaba mi lado infantil.

—¡Muy bonita! Pero me gustan más llenitas de pecho —dijo una voz que hizo que pegara un brinco, casi derramo el café encima de mí.

Subí la mirada y me encontré con unos perfectos ojos verdes en una muy guapa cara sonriente. La cual tenía una boca de pecado, no sonreía mostrando los dientes que imaginé que tenía perfectamente cuidados. Su cabello liso, a pesar de estar peinado hacia atrás, se le ondulaba como si toda su vida lo hubiese tenido ondulado; de un marrón oscuro más oscuro que el mío, llevaba un gorro color azul marino. Un suéter gris con la palabra “obsesión” en su pecho, me pareció algo divertido, arrogante y sarcástico que llevara esa palabra. Iba a mirar hacia abajo seguir mi recorrido por su cuerpo, pero tenía miedo que se me cayera la mandíbula al suelo, por suerte, mi cara estaba neutra, era buena manejando las expresiones, años de práctica; sé que era algo de color negro, no sé si eran unos jeans o unos pantalones, ya sean de vestir o deportivos. Salí del escaneo no muy disimulado porque el chico sexy lo notó sonriendo, divertido, con ese aire de “sé que soy guapo, tremendamente sexy y caliente”.

—¿No te enseñaron que husmear es de mala educación? — dije sonriéndole con picardía. Era lo mejor que me había pasado en todo el día, conocer un

chico así no se ve todos los días y menos en un pueblo que 8 años atrás ni siquiera aparecía en el mapa. No me malinterpreten, soy sarcástica, pero en esto estoy siendo realista, los chicos de este pueblo no se ven como él o será que yo no salgo mucho y conozco a pocos chicos, sin incluir a los del único instituto del pueblo. Hace un año que me gradué y no me gustó nadie de ahí, bueno, solo mi profesor de física me gustó casi por dos años, tenía ese “no sé qué”, creo que, por su madurez y su sentido del humor y claro, su leve barba bien cuidada, no muy poblada y el hecho de verlo de vez en cuando haciendo ejercicio en el gimnasio del colegio cuando me pedían ir a ordenar las colchas de ejercicio, lo miraba de lejos. ¡Ok! ¡Ok! Lo espiaba un rato.

—Ken, supongo que te refieres al feo muñeco, al cual un gran porcentaje de niñas convierten al pobre en un mujeriego al compartirlo con un harén de Barbies, ya que a los padres no se les ocurre regalar por cada muñeca un Ken.

Alcé una ceja y me reí suavemente.

—Hmmm, bueno es interesante que un chico diga eso: “vuelven al pobre un mujeriego”.

—No entiendo qué tiene de interesante ser un mujeriego —dijo con expresión de seriedad y aire de inocencia, pero con los ojos divertidos, se quedó callado mirándome.

Fruncí el ceño, sabía que había trampa, un chico así de guapo como él, seguro de sí mismo, sabiendo el efecto que causa en las mujeres, era muy difícil que dijera algo así.

Me sonrió con malicia y continuó diciendo:

—Estando en un grupo de mujeres que son amigas, viven juntas y el pobre diablo vive en la misma casa que ellas. Así no es interesante.

—¡Lo sabía! Sabía que dirías eso. Es imposible que un tío como tú esté en contra de un hombre mujeriego o simplemente no comparta con ellos.

Me sonrió mostrando los dientes. Estaba en lo cierto también con eso, los tenía blancos y bien cuidados. Era muy guapo, estaba fascinada no solo con su físico, todo de él me gustaba y eso que solo habían pasado unos minutos de conocerlo.

—¡Un tío como yo! No entiendo —dijo sonriendo con picardía. —. Además, no comparto con ellos, no soy un mujeriego.

¡Oh, sí que entendía! No se la quería poner tan fácil, me encantaba, sí, pero no sería una de esas chicas que sonrían como tontas y se les olvida hablar, caminar y se sonrojan como un tomate por cada mirada o sonrisa de alguien que se ve tan... Besable, que hace que las hormonas te griten: ¡OH, POR DIOS! ¡QUÉ ESPERAS, VE POR ÉL!

—Mira, chico... — me detuve en seco, iba a decirle algo ingenioso o pícaro, pero... ¡no puede ser! ¡Cómo no me di cuenta antes! Estaba hechizada completamente, por su culpa, definitivamente, el chico hizo mella en mí, ¡bastante! ¡Cómo se me pudo pasar por alto el acento? Ese acento tan encantador no molestó como... ¡oh, por dios! Como su novia, como ¡Barbie! Porque no puede ser casualidad que un chico así se me acerque de la nada...

es decir, no soy horrible, ¡pero de verdad! Un... ¡británico!, que casualmente, justamente hoy, estoy esperando conocer a uno y de la nada se me acerca un... ¡británico! Dos más dos son cuatro y él es... ¡Harold! Me levanté rápidamente.

Él frunció el ceño.

—Lo sé, produzco ese efecto de dejar mudas a las chicas, pero parece que descubriste algo —dijo mofándose de repente.

—Sí, es definitivo, eres Ken. Tu Barbie Inglesa está preparándose para recibirte. Si lo deseas, pequeño Ken, vamos por tu novia —caminé pasando a su lado, luego me giré para mirarlo sobre mi hombro y le dije—. Y no esperes que sea una limosina, es solo un simple taxi.

Me miró mordiéndose el labio inferior y con ojos divertidos dijo:

—Primero, de pequeño no tengo nada mido 1.83, la pequeña eres tú, aunque no estás mal, me encantan de uno 1.49 —dijo mirándome de arriba abajo.

Me di vuelta y caminé hacia él, deteniéndome a escasos centímetros de su cara.

—Primero, mido 1.58 y segundo, se hace tarde, al menos que quieras hacer turismo hasta llegar donde tu insufrible novia te espera porque yo no pienso quedarme más tiempo aquí, tengo muchas cosas que hacer —dije sonriendo satisfecha.

—Acepto —dijo pasando a mi lado, caminó hacia la línea de taxis.

Me dejó perpleja. Por suerte no me estaba mirando la cara. Con mi bolso y móvil, el cual había sacado del bolso distraídamente y mi café en mano, lo seguí.

—¿Qué? ¿Qué aceptas? —pregunté colocándome el bolso.

Se frenó y choqué con su espalda ya que tenía mi mirada en el bolso en ese preciso momento, había logrado dejar mi móvil a salvo dentro del bolso, pero mi café no corrió con la misma suerte.

—¡Pero, qué! —exclamé. El café salió volando de mi mano al suelo.

—¡Vaya! Pequeña, qué desastre acabas de hacer —dijo Harold destornillándose de la risa.

La gente que pasaba nos miraba. Me dio mucha pena, pero no tenía con qué limpiar el desastre. Me agaché y recogí el gran vaso vacío de café y caminé hacia un contenedor de basura. Harold me siguió.

—¡Oh! Vamos, estaba bromeando contigo, no es para tanto, mira —dijo señalando con su cabeza hacia donde segundos atrás derramé mi café. Había un señor limpiando el desastre con un trapeador— lo ves... ya está solucionándose el problema —dijo con cara de satisfacción.

—Eres un... —me interrumpió.

—No soy Ken en lo absoluto y sí. puede que mi novia sea una Barbie. nunca

dije que las Barbies no me gustasen. Al menos las de carne y hueso sí. las de plástico no—dijo guiñándome un ojo.

Sonreí con malicia y le respondí:

—¿Cuál es la diferencia? Porque hasta donde sé, Gaby es plástica, creo que te estás contradiciendo —Lo miré que ahora solo fruncía el ceño, pero no perdía esa chispa de diversión—. Creo que necesitas una mujer de carne y hueso, una mujer de verdad.

Como no dijo nada, caminé pasando a su lado con aire de autosuficiencia. Hasta que sentí cómo me tomaron por el codo haciendo que me volviera rápidamente y una vez más choqué con... con él, con Harold.

—Una mujer de verdad... ¡hmmm! ¿Y tú conoces a una? O mejor, ¿eres una?

Sus ojos estaban mirándome con intensidad, pero no podía apartar los míos. Desde esta cercanía pude disfrutar de su color. Literalmente te podías perder en ese color. Sin poder evitarlo, mis ojos viajaron hacia su boca y tragué saliva.

—¿Te comieron la lengua los ratones, pequeña? — Dijo sin apartar sus ojos de los míos.

Intenté alejarme para zafarme de su agarre, pero él se dio cuenta y soltó mi codo y fue por mi cintura, me rodeó con su brazo derecho la cintura, haciendo que mi pecho se pegara al suyo.

—¿Qué haces con Gaby? —dije repentinamente. Lo sé, no pude detener a mi boca, sencillamente no entendía qué hacía un hombre así con alguien como mi prima.

Harold quedó atónito y me soltó.

—No entiendo la pregunta. De hecho, creo que es una pregunta muy personal para que la hagas —dijo regresando a su postura relajada, esa postura de “soy el puto chico sexy”.

¡Arggg! La verdad no se veía como un “Johnny Bravo” No era el típico chico arrogante. Bueno sí, lo era, pero no insoportable, no de esos que se creen mejor que los demás. Él sabe que es guapo, sabe lo que hace, lo que produce en las mujeres, pero ¡por dios! En él es algo natural y algo que se está volviendo molesto pero que es condenadamente sexy y aunque no lo admita en voz alta, lo que me molesta de él no es directamente él, sino su novia. ¿Qué está haciendo él con ella?

—Tienes razón no es de mi incumbencia si juegas a las Barbies. Y no, no iré a turistear contigo. Si quieres, sígueme sino... quédate aquí o simplemente haz lo que quieras.

Cuando estaba subiéndome al taxi, Harold se subió por la otra puerta. Lo miré de reojo, tenía una sonrisa burlona, le di la dirección al taxista y nos fuimos en un silencio incómodo a casa.

Capítulo 3

Al llegar, cuando le iba a pagar al taxista, Harold se me adelantó.

—Gracias, amigo —dijo bajándose junto con el taxista que abrió el maletero y sacó las maletas de Harold.

El taxi se fue dejándonos a Harold y a mí enfrente de mi casa.

—Linda casa —dijo, comenzó a andar hacia ella.

Lo seguí sin decir nada.

Cuando llegamos fue lo más incómodo del mundo, no había nadie en casa. Me imaginaba llegar, ver a Richard, su esposa, a Barbie, mis padres, pero no. Caminé rápidamente a la cocina dejando a Harold en el recibidor y vi en la puerta de la nevera una nota que decía:

Crystal, salimos para almorzar, regresaremos a las 2 de la tarde.

Papá.

Arrugué la hoja en un puño y la lancé de mala gana encima de la barra de desayuno; aproveché que estaba enfrente de la nevera, la abrí y saqué una jarra con zumo fresco de naranja.

—Así que estamos solos —dijo Harold sentado en la barra de desayuno, encima de la barra con la hoja desarrugada en mano.

Alcé una ceja en su dirección con la jarra en la mano.

—¿Sabes que hay banquitos para sentarse como gente normal? —Solté. Luego caminé y saqué un vaso de unos de los gabinetes de la cocina.

—Lo normal es aburrido, además, ¿sabías tú que es de mala educación servirse zumo sin ofrecerle a tu invitado?

Puse los ojos en blanco y tomé un sorbo del zumo, todo eso mirándolo aún sentado encima de la barra.

Llevaba unos jeans azul marino. Eran los jeans más ajustados que había visto en mi vida. Normalmente todos los chicos que he visto los llevan sueltos, unos hasta exageradamente sueltos; sentado en esa posición, con las piernas ligeramente abiertas, vi sus gloriosos muslos, la tela le apretaba los muslos y le marcaba su zona íntima; era realmente impresionante que no se viera vulgar. Lo logré mirarlo con disimuló ya que no se dio cuenta de mi escaneo porque estaba mirando su móvil. Luego alzó la mirada y se lo metió en el bolsillo delantero de sus jeans. No pude evitar sonreír ya que, al ser tan ajustados, tuvo

que hacer un poco de esfuerzo para meterlo en el bolsillo, pero lo hizo sin dejar de mirarme. Tapé mi sonrisa tomando un poco de zumo. Se bajó de un salto de la barra y, sin previo aviso, me quitó el vaso de las manos, tomó un gran sorbo de zumo y dijo:

—¿Qué es tan gracioso, pequeña?

—Tus jeans están muy ajustados —estábamos cadera con cadera ya que yo estaba apoyada de espalda a una de las encimeras, él me copió mientras se tomaba mi zumo. Una vez más me tomó por sorpresa y me atrapó con sus brazos, colocando uno de cada lado de mis costados, rozando mi cuerpo con sus fuertes brazos ya que se había remangado el suéter y pude ver cómo se le tensaron los brazos. Bajé mi mirada y miré de un lado a otro, controlando mi respiración y con gracia y picardía subí mis ojos hacia los de él. Yo tenía mis manos agarradas en el borde de la encimera, me solté de mi agarre y envolví mis brazos alrededor de su cuello. Cosa que hizo que él abriera los ojos como platos, pero no se alejó. Me sonrió ampliamente, mostrándome los dientes y acercó su boca a la mía podía sentir su aliento a canela. Qué curioso, pensé.

—¡Vaya! ¿Me estabas escaneando el cuerpo? — Su aliento hizo que me estremeciera, pero me controlé.

—Sí, la verdad que sí, tengo ojos y los estoy usando como me place.

Harold soltó una carcajada y pegó su frente con la mía; mi corazón se aceleró. Sentir más de él en mí. El calor de mis mejillas era evidente, traté de no mostrarle cómo me hacía sentir, no eran nervios malos, era adrenalina no como cuando me sentía incómoda y quería salir corriendo.

—Entonces no me tengo que sentir culpable si te escaneo también. Ya sabes, dejando de lado todo el rollo de ser un caballero y de no incomodar, te puedo mirar sin disimular —dijo separándose un poco de mí, sin retirar sus brazos de cada lado de mi cuerpo y escrutó mi cuerpo sin disimulo. —Me gusta lo que veo —dijo lamiéndose los labios.

Lo empujé riéndome, pero no cedió. Continúo mirándome, subiendo su mirada tan despacio que sentí que me fallaron las piernas, así que me sujeté de nuevo a su cuello. Me sentía muy bien así con él. Mi acción hizo que subiera la mirada hacia mi boca y de mi boca a mis ojos. Se lamió una vez más los labios. Ahora no sonreía, sus pupilas se dilataron y el verde de sus ojos centelló. Juraría que se volvieron más oscuros. Me mordí el labio inferior.

—Eres lo más interesante que ha llegado a este pueblo —dije mirándolo de los ojos a la boca.

No dijo nada, su respiración estaba más acelerada. Y me besó. Bajé mis manos y lo jalé por el cuello de su suéter redondo, pegando mi cuerpo completamente al suyo. Volví a subir los brazos, rodeándolo por el cuello, dejé una mano en su cabello. Me estremecí al sentir su suave cabello entre mis dedos, la otra mano la dejé en su nuca. Una de sus manos estaba en mi cadera izquierda y la otra en mi nuca. Nos besábamos perdidos en los labios de cada uno. Sus labios eran suaves, cálidos, el mejor lugar del mundo. Comenzó con un beso lento, probando los labios el uno del otro. Hasta que su lengua entró en mi boca, me recorrió una chispa de electricidad por todo el cuerpo, su lengua acarició mi paladar, mi lengua, su labio inferior. Me alzó por las caderas, dejándome sentada en la encimera que estaba junto a la nevera. Como

la encimera era alta, no podía sentir la parte baja de Harold. Él siguió besándome, ahora más desenfrenadamente, sus manos subieron lentamente por mis costados haciendo que la camisa se me subiera un poco, aprovechó y metió sus manos debajo de la misma, en ambos costados de mi cuerpo, no subió más las manos, las dejó ahí. Jadeando, frenamos lentamente el beso y nos miramos a los ojos.

—¡Vaya! Pequeña, eso fue...— dijo con voz ronca, aun jadeando.

—Sí, intenso —sonreí mirándolo.

Recordé de pronto que este hermoso chico era novio de Gaby. No me sentí culpable, quería ser egoísta, estaba cansada de las reglas, de ser la hija perfecta y no sabía cuánto me iba a durar esto. Sin dejar de sonreír, le dije:

—Bájame, por favor —lo miré con picardía, mordiéndome el labio inferior.

Colocó una mano en mi espalda, la otra la pasó por mis piernas y me alzó en brazos, le rodeé con los brazos una vez más el cuello. Me llevó en brazos hacia la sala, se sentó en el sofá, dejándome encima de su regazo. Yo me acomodé quedando a horcajadas de él.

—Me encanta, Ruta de León —dijo mirándome con esa intensidad como si me hablara con los ojos.

No pude hablar, lo besé con apremio. Harold jadeó en mi boca, sus manos subieron de mis caderas a mi cintura. En esta posición podía sentir su miembro en mi zona íntima, el cual comenzaba a sentir duro. No me detuve, me

comencé a mover encima de él, cosa que hizo que él soltara un gruñido y detuvo el beso. Cuando iba a protestar, sus labios fueron a mi cuello.

—¡Oh, vaya! — dijo una voz.

Harold y yo nos pusimos tensos, me aparté rápidamente de él y él, por acto reflejo, tomó un cojín y se lo colocó encima de su erección. Me levanté.

La voz se rio a carcajadas. Lo miré de frente y le pregunté:

—¿Quién eres tú? —dije tratando de serenar mi respiración agitada.

La voz provenía de un muy apuesto hombre. Su cabello era negro, lacio, algo largo, un poco más debajo de la nuca. Sus ojos color marrón claro. Al darle la luz parecían color mostaza.

—Soy Sam y tú debes de ser Crystal.

—¡Tú! Se supone que llegabas el 4 no hoy— dije levantándome y distraídamente me bajé la camisa, que se me había subido gracias a los besos calurosos que me di con Harold.

Se rio asomando la lengua por los dientes. Adorable y sexy, pero lo digo en modo neutro ya que es mi primo y no comparto eso que dicen de “carne de primo, se come”. Yo estoy en contra de andar con personas que compartan mi sangre. No importa si son primos terceros, cuartos, etc. Este era primo hermano, peor todavía.

—Sí, pero decidí adelantar mi viaje. El que vendrá pasado mañana será Mark, además, qué importa un día menos, un día más —dijo encogiéndose de hombros—. Disculpa si os interrumpí a tu novio y a ti— dijo mirando a Harold.

Cuando miré a Harold, vi cómo se tensó un músculo en su mandíbula. Sé que estaba pensando lo mismo que yo. ¡Oh, dios! Si Sam nos vio, entonces Gaby...



Capítulo 4

—Escucha, Sam, Harold y yo...— Harold me interrumpió levantándose repentinamente.

—Soy el ex novio de tu prima Gaby y me gustaría que esto quedase entre nosotros. No sabíamos que había gente en la casa.

Luego le tendió una mano. Sam se la estrechó con expresión divertida y dijo:

—¡Claro, claro! mucho gusto.

Mi mandíbula quedó en el suelo, Harold me miró de reojo, estaba muy serio pero sus ojos me decían “hablamos cuando estemos solos”.

—Bueno, voy por un café, nos vemos, adiós primita y Harold.

—Adiós - dijo Harold volviéndose hacia mí.

Escuché la puerta de entrada cerrarse al minuto. En esos segundos, Harold

solo me miraba esperando que más nadie nos interrumpiera.

—¡Estás loco! —solté sin humor.

Harold se encogió de hombros, suspiró y dijo:

—Es cierto, Gaby y yo somos novios, pero no la amo —se puso tenso al decir eso último y prosiguió—. Estaba cómodo con ella, este viaje solo lo hice para ver si valía o no la pena seguir con ella. La verdad, aparte que tenía tiempo que no viajaba, pues pensé que si cambiábamos de aires podía darle una oportunidad más a esta especie de relación. Pero cuando vi cómo te refieres a ella, supe que sigue con su mala actitud. Supongo que siempre será parte de su personalidad. Al principio era algo distinto, era divertido salir con ella. No soy un santo, pero nunca le he sido infiel, por eso para no hacer de esto un drama de adolescentes. Voy a terminar con ella.

—¡Wow! Espera, Harold. Bueno, yo aún soy una adolescente—dije sonriendo sin ganas, me pellizqué el puente de la nariz y dije— Y no quiero ser la causante de nada, la verdad me gustaría decirte que me siento culpable por lo que pasó ahora entre tú y yo, pero no y no lo hice tampoco para herir a Gaby, lo hice por mí. Yo solo me dejé llevar —me sonrojé diciendo eso—. La verdad que no sabía cómo frenarme contigo, pero después que Sam nos interrumpió, me di cuenta que efectivamente eres novio de Gaby. Y pues me pasaron por la mente varias situaciones. La típica que fueses el chico que es infiel y se divierte con otras. Pero yo no seré de esas que se prestan como segundo plato o la otra situación que me pasó por la mente es que uno de los dos se hubiese dado cuenta de lo que hacíamos teniendo tú novia y simplemente uno de los dos diría: lo siento, fue un error —lo miré y vi como

fruncía el ceño. Me apresuré a decir —. No vayas a decir nada. Sé que, aunque no lo creas, sé lo que piensas, disculpa por pensar lo primero, lo de ser un idiota infiel, fue por acto reflejo. El segundo escenario era más idóneo. Sin embargo, ahora que me contaste cómo están las cosas con ustedes, cosa que no mejora la situación ya que Sam nos vio y no tengo ni idea de qué clase de persona es. Ya que hasta el sol de hoy no había conocido a ninguno de mis primos en persona y sí, sí, sé que dirás “no estoy terminando con ella por ti”; es muy cliché ya que apenas me conoces. -Dicho eso me senté en el sofá.

Harold me sonrió con una sonrisa de medio lado.

—Eres muy clara, sincera y directa, no la típica adolescente. Aunque eso ya lo sabía cuándo te miré con el cartelito entre la multitud —dijo riéndose a carcajadas.

—¡Pero qué! No, no te lo puedo creer, me dejaste pasar esa vergüenza —dije levantándome rápidamente y acortando la distancia entre los dos.

—Es que la verdad eres todo un personaje. Mi vuelo fue tan aburrido y luego ver a una adorable, sexy y pequeña con mi nombre en alto... Fue toda una escena —dijo mordiéndose el labio inferior para no reírse.

Le di un golpe suave en el estómago. Cosa que lo tomó por sorpresa y se dobló un poco. Seguido comenzó a reírse, lo acompañé con la risa ya que mis mejillas se encendieron. Estaba oxidándome en el control de mis emociones, aunque seamos sinceros, es inevitable poder frenar esa reacción biológica. Me miró con esa intensidad de nuevo y me tomó por la cintura, pegando nuestros cuerpos. Su respiración se aceleró y dijo:

—Y aunque no lo creas, me encantó conocerte. Fuiste el empujón que necesitaba para dejar a Gaby. Sé que no quieres oírlo, pero prefiero ser sincero e ir con la verdad. Ya no soy un adolescente y sé que tú eres distinta, aunque aún estés en tus años rebeldes —se inclinó para besarme, pero le puse un dedo en los labios y lo miré con diversión.

—¿Cómo es eso de que aún estoy en mis años rebelde? Porque salga de la adolescencia no quiere decir que deje de ser como soy —dije acercando mi boca a la de él tanto que nuestros labios se tocaron. Cuando me iba a separar me alzó por la cintura y me besó desenfrenadamente. Enrosqué mis piernas a su cintura y se sentó conmigo a horcajadas en el sofá.

—Aquí es donde nos quedamos —dijo jadeando.

—Sí, pero... creo que tenemos que subir, puede entrar alguien —dije mirando sobre mi hombro.

Me miró con picardía.

—¿Quieres que vayamos a tu habitación? No sabía que en la primera cita te gusta ir tan rápido pequeña.

Lo miré con astucia y dije:

—Bueno, me pasó por la cabeza explorar tus encantos, pero...

Su boca me interrumpió, comenzó a besarme y se levantó del sofá conmigo. Una vez más enroscada en su cintura. Luego detuvo el beso, me bajó, apenas toqué el suelo, pasó sus brazos por mis piernas y me alzó en sus brazos,

comenzó a subir al piso de arriba.

—¿Cuál es tu habitación, pequeña? — Se la señalé con la mano.

La abrió y entramos, la miró, luego cerró con el pie la puerta.

Me bajó y yo puse llave al cerrojo. Mientras Harold miraba la habitación, miré el reloj digital encima de la mesita de dormir junto a mi cama. Eran las 10:40 de la mañana. Me quedé pensando por qué salieron tan temprano para almorzar mis padres con los demás. Al menos que salieran a dar una vuelta al pueblo. Bueno, mientras de verdad llegaran a las 2 de la tarde, me parecía perfecto.

—¿Gaby no se preguntará dónde estás? —dije mirando a Harold, que agarraba de mi escritorio una foto mía con mi abuelo. Era una foto de cuando yo tenía 5 años. Estaba montando a caballo y mi abuelo sujetaba una soga que sujetaba al caballo.

—Sí, cuando estábamos en la cocina, antes de robarte tu delicioso zumo de naranja. Le dije que me relajaría un rato, que estaba cansado por el viaje, que siguiera con su comida; supongo que esta niñita eres tú —dijo volviéndose con la foto en la mano y sonriéndome con ternura.

—Sí, con mi abuelo... — mencionar a mi abuelo hacía que se me encogiera el estómago.

Harold dejó la foto en su lugar y caminó hasta mí.

—¡Hey! ¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, es que... mi abuelo murió hace un año, aún me duele decir esa palabra sin que me duela —mi voz se entrecortó un poco me volví y respiré profundo. Siempre había sido buena manejando mis emociones. Sorpresivamente con Harold se quebraban mis escudos. Me hizo volverme hacia él.

—Descuida, pequeña, no tienes que avergonzarte y menos conmigo —dijo acariciándome la mejilla izquierda con ternura.

Sonreí con tristeza y le dije:

—Me gusta que me digas pequeña, así me llamaba mi abuelo.

Harold abrió los ojos como platos por la confesión y dijo:

—¿Segura? Si quieres te llamo Crys o Crystal —Dijo con tono preocupado.

—No, no, está bien, me gusta pequeña —dije sonriendo ampliamente, eso hizo que él también sonriera.

—O, si quieres, cuando estemos solos, te puedo decir cosas como nena, cariño... —Dijo tomándome por la cintura.

—Y tú, ¿quieres que te diga, H? Adoro tus ojos, nunca había visto unos ojos verdes como los tuyos —dije embobada, mirándolo directamente a los ojos.

Harold me sonrió enseñándome los dientes.

—Gracias, los tuyos también son preciosos. Y sí, H me gusta. De hecho, así firmo cuando envié un mensaje de texto.

—Mis ojos son comunes. Me hubiese gustado sacar los de mi abuela Amelia. Ella era mi abuela paterna.

—Nena, tus ojos marrones oscuros son hermosos. No sé cómo los tenía tu abuela, pero lo que sí sé es que los tuyos me encantan.

No pude protestar, me besó suavemente y el beso comenzó a tornarse apasionado en segundos. Terminamos en mi cama, yo boca arriba con él encima de mí, besándome con pasión. Sus manos se deslizaban de mis costados hacia mi cintura y caderas.

—Nena... una... cosa. Tú solo di la palabra “detente” y lo haré, créeme que no soy un santo y tú... tú eres; sabes hacer que un hombre pierda la razón —dijo entre jadeos.

Me reí con mucha diversión mirándolo a los ojos.

—Eres sencillamente lo mejor que ha llegado a este pueblo. —dije pasando mis manos por su cabello y espalda.

Me sonrió con emoción y continuó su asalto de besos.

Lo que pareció una eternidad después, detuvo los besos, jadeando calurosamente.

—Quiero hacerlo bien, voy a terminar esta noche con Gaby para no causarte ningún problema. Ya que sé de qué es capaz ella, pero no llamemos la atención. Quiero que salgamos en una cita real, al cine o lo que sea que hagan aquí en el pueblo para divertirse —dijo sonriendo sinceramente, sin socarronería.

Sonreí y le dije:

—Ok, pero con una condición —dije llevándome una mano al labio inferior y pellizcándomelo levemente. No podía parar de sonreírle y mirarlo con picardía.

—¿Qué será, pequeña? —dijo mirándome con curiosidad y sonriéndome.

—Primero deja que me levante, pero quédate, si quieres, acostado. Preferiblemente boca arriba— dije mirándolo y tratando de no sonreír.

—Ok —respondió

Rodó hacia la derecha. Mi cama era matrimonial tipo estándar. No pude evitar mirar de reojo hacia su miembro. Él estaba tomando una almohada en ese momento para taparse. Me quedé sentada, mirando cómo tomaba la almohada. Se tapó y se quedó mirándome, pude ver cómo sus mejillas estaban con más color, estaba segura que se sonrojó.

—No tienes que taparte. Sabes ser así tan decente... Creo que es la palabra que busco. Te hace más irresistible —hice una pausa sin apartar mis ojos de los de él que sonreía mostrándome los dientes. Me di cuenta que estaba algo

nervioso—; y no lo digo para alabarte —dije bromeando, soltando una risita.

Se pasó la mano por la nariz, como si se la estuviese rascando, sin dejar de sonreírme, apenado.

—Me encantas, por eso quiero que no me vayas a juzgar por esto que deseo hacerte. Simplemente me quiero dejar llevar. Llámalo rebeldía de la edad, pero tengo mis razones. —Me acerqué a él casi gateando, le quité la almohada, dejándola al pie de la cama y me subí encima de él. Solo que no hice como él, que no dejó caer su peso encima de mí. Yo sí, tan solo peso 55 kilos. Escuché cómo se le aceleró la respiración. Acomodé perfectamente mi zona íntima encima de su miembro o “amigo”, como me gustaba referirme a la zona de los tíos; luego lo besé lentamente en la boca, pero brevemente. Harold siseó y se removió inquieto debajo de mí. Luego me senté con la espalda lo más recta posible, apoyando mis manos en su pecho, todavía a horcajadas de él.

—Quiero hacerte... una... —me mordí el labio inferior.

Me miró atónito, pero luego reaccionó y dijo:

—Quieres hacerme una mamada. Lo siento, nena, pero esa es la palabra —dijo con una sonrisa llena de deseo y diversión. Al ver cómo me sonrojaba y no dejaba de mordirme el labio inferior añadió —. Por cierto, me encanta que seas tímida, pero a la vez loca. Eres toda una cajita de sorpresas. Estoy seguro de que eres pudorosa e inocente, algo que es magnífico.

Alcé una ceja.

—No creas que soy una santa, la niña que no rompe ningún plato —dije riendo. Pero lo decía en serio, tenía buenos modales, pero sabía mucho de sexo, aunque fuera virgen y tuviese 18 años.

—Pequeña, solo quería decírtelo. Quiero conocerte, me encantas.

Le sonreí y sin acobardarme le dije:

—Soy virgen, pero te lo cuento porque creo que es mejor ser sincera y no voyas a frenarme. Me gusta que me preguntes si estoy segura, eso hace que lo desee más, así que... —me mordí de nuevo el labio, me bajé de encima de él y me senté a su lado, arrodillada lo miré hacia el bulto que tenía entre las piernas y luego hacia los ojos.

Vi cómo tragó saliva y asintió con la cabeza sonriendo, sin mostrarme los dientes. Sus ojos centellaban deseo, pasión y estoy segura que curiosidad.

Puse mi mano izquierda sobre su bulto. Harold jadeó, pero no me detuvo. Le abrí el único botón que tenían sus jeans. No llevaba cinturón, le bajé el cierre, él me ayudó bajándose el pantalón hasta los tobillos. Mis ojos se pusieron como platos al ver la carpa que se le había formado en el bóxer. Un bóxer negro de marca Tommy. Coloqué mi mano encima del bóxer y apreté un poco su miembro. Soltó un gruñido de placer. Lo miré a la cara tenía la boca levemente abierta y su cara estaba para comérselo a besos.

—Joder... pequeña— soltó a través de sus dientes apretados, cerrando los ojos y echando la cabeza más para atrás, encima de la almohada.

Dejé de tocarlo para quitarme la camisa bajo su atenta mirada. Me la quité con mucha seguridad. Lo miré sus ojos, estaban devorándome. Osadamente miré a su gran erección la cual, aún no liberaba de un muy apretado bóxer. Me acerqué una vez más y le bajé el bóxer.

A decorative title card for Chapter 5. The text "Capítulo 5" is written in a black, elegant cursive font. The background is a soft pink gradient with numerous white hearts of varying sizes scattered throughout, creating a romantic and soft aesthetic.

Capítulo 5

Harold

¡Cristo! No podía pensar, menos hablarle. Esta pequeña me iba a matar de placer. Cada movimiento que hacía... no sé si ella era consiente de la tortura a la que me estaba sometiendo. Mi polla palpitaba dolorosamente. Y cuando se quitó la camisa, solté el aire que no sabía que estaba reteniendo. Era condenadamente sexy, ¡joder! Y ahora que liberó mi dolorosa polla. Joder... quise decirle que no me mirara así. Casi me corro con esos ojos de inocencia que miraban de mi cara a mi pene. Y sucedió, su mano se deslizó de arriba abajo por toda mi longitud, haciendo que gimiera como un loco. Se sentía tan bien. ¡Mierda!

Traté de respirar y aguantar. Ya había pasado mucho tiempo desde la última vez que tuve relaciones sexuales. Gaby y yo casi ni nos tocábamos y estaba muy ocupado en mis asuntos para jugar yo solo. Pero deseaba resistir, no para demostrar que tengo resistencia. Lo que deseaba era que este momento se alargara. No recuerdo cuándo fue la última vez que había deseado algo con tantas fuerzas, ni disfrutado tanto así. Y su dulzura, su manera tan natural de ser la hacía aún más jodidamente irresistible.

—Peque...ña —logré decir cuando vi cómo su boca atrapó mi polla. ¡Joder! No era solo sentirla, sino también mirarla. No podía aguantar más.

—Peque...yo... ya... ¡JODER! —Grité de placer. De repente sentí mi polla sin esa caliente boca de pecado a su alrededor. Abrí los ojos. Crystal me miraba con preocupación. Aún no me corría, me faltaba poco.

—Nena... descuida —jadeé por aire y seguí diciendo —. Estoy bien, eres excelente, ya casi me corro.

Iba agregar algo más, pero me sonrió con alivio y picardía. Y volvió al asunto. Me mordí el antebrazo para no volver a gritar. Sin embargo, cuando mi cuerpo se tensó y se estremeció de placer, no pude evitar soltar un gruñido gutural y me corrí. Abrí los ojos que había vuelto a cerrar por el magnífico placer que me dio mi pequeña. La cual seguía trabajando mi polla con su boca. Para mi sorpresa estaba... ¡oh, joder! Estaba con su lengua tomando cada gota de mi ser.

—Nena... —dije entrecordamente. Mi polla estaba muy sensible, seguía erecto y ella pasaba su jodida lengua de arriba abajo. Luego Succionó la punta de mi polla. Estaba muy sensible, pero jodidamente se sentía bien. Aunque pasado unos segundos ya... no podía más, necesitaba un respiro. Ninguna chica me hizo eso antes. Cuando estaba buscando la manera de cómo frenarla, se detuvo y dejó mi polla súper sensible. Respiré pesadamente y muy satisfecho.

—¡Joder! Pequeña... eso fue increíble —dije sonriendo a su vez que me subía

el bóxer con cuidado y acomodé mi sensible pene que seguía semi erecto. Mi pequeña tenía las mejillas sonrojadas, los ojos llenos de lujuria. Pero su inocencia curiosidad y belleza natural estaban ahí. Simplemente un ángel. Mi pequeña angelita, jodidamente peligrosa en el sexo. Y ¡vaya que sí!

Crystal

—No sé qué decir, en los libros es más fácil hablar después de hacer algo así — dije y quise morir lentamente de la vergüenza. Eso fue lo primero que se me pasó por la mente, decir simplemente no puedo creer que lo dijera. Tengo que ponerme un filtro en la boca.

Harold frunció el ceño y sonrió con diversión. Sentándose en el borde de la cama, se subió los jeans, luego se levantó para terminar de subírselos.

—Eres un ratoncito sexy de biblioteca—dijo regalándome una hermosa sonrisa llena de energía mostrándome los dientes. Sus mejillas estaban con color, sus ojos centellaban de emoción. Estaba muy relajado, se le veía sencillamente feliz.

Recogí mi camisa que se había caído al suelo. Cuando la tomé y me la iba a poner, Harold se acercó a mí y me tomó por la cintura, con una pasión desbordada me recostó en la cama, llenándome de besos. Sus manos, que estaban ahora en mis caderas, apretándome levemente con sus dedos, comenzaron a subir por mis costados desnudos.

—Pequeña...—dijo con voz ronca— ¿Quieres que te regrese lo que me hiciste

sentir?

Abrí los ojos como platos por la sorpresa de sus palabras. No me había detenido a pensar que él podría querer regresarme el favor, por llamarlo así.

—Yo... —No me salían las palabras.

Capítulo 6

Harold

¡Rayos! Por un momento olvido que es virgen. ¡Mierda! ¿Y si la ofendí? Tragué saliva.

—Pequeña, no quise parecer un bárbaro —dije ofuscado.

Cuando pensé que la había cagado, mi pequeña angelita pasó sus brazos por mi cuello, tiró de mi cabello y me besó como si su vida dependiera de ello. Y mi polla cobró vida una vez más gracias a sus deliciosos labios. Su lengua buscó a la mía, me hizo gemir en su boca. Escuché como soltó una risita cuando se separó para besarme bajo la oreja izquierda, cosa que me hizo estremecer e hizo que mi polla se pusiera aún más dura.

—Tomaré... eso como un sí, pequeña angelita —dije separando mis labios de su cuello.

Bajé mi boca al centro de sus senos, donde el sujetador no tapaba ese pedacito de piel. Escuché voces y risas que provenían de afuera. Crystal debió de

escucharlas también porque sentí cómo su cuerpo se tensó bajo el mío y colocó sus manos encima de mi pecho para hacerme levantar. Cosa que hice de inmediato.

Crystal.

Miré el reloj que estaba sobre la mesita junto a mi cama. Eran las 11:30 de la mañana. Después de todo, debí de suponer que no llegarían a las 2 de la tarde.

—¡Oh, no! No, no, no, rápido, vamos —tomé la camisa del suelo, otra vez me la puse lo más rápido que pude y le tomé la mano a Harold que me miraba con cautela y preocupación—. Sígueme sin hacer ruido, te llevaré hacia la habitación que va a ocupar Sam.

Recé para que nadie subiera. Las voces estaban en el recibidor. Sin pensarlo, casi corriendo, llevé tirando de Harold hasta la habitación temporal de Sam.

Cuando entramos sin voltearme a mirar dentro de la habitación, dije:

—Me voy a mi habitación, recuéstate en la cama, relájate o lo que sea. Yo tengo que bajar a recibir a mis padres y a todo el mundo —dije casi al borde del pánico.

—Pequeña —dijo Harold aclarándose la garganta.

Me di vuelta y casi suelto un grito.

—¡Sam! Pero... ¿Qué haces aquí? —dije llevándome ambas manos a la boca.

Sam se rio suavemente.

—Fui por el café y regresé. A tus padres los vi en la cafetería, por cierto. Me dijeron que, si te encontraba en la casa, que te preguntara cuál era mi habitación. Y que, si yo llegaba primero que tú, pues que era libre de subir y buscarla por mi cuenta. Créeme, no fue difícil —dijo sentándose en el borde de la cama ya que estaba acostado.

—¡Espera! Pero entonces tú, cuando te vimos aquí la primera vez, ¿tú no habías visto a mis padres?

Sam negó con la cabeza y dijo:

—Dejaste la puerta sin llave y yo entré. Yo no estaba en la casa como ustedes supusieron —dijo mirando de Harold a mí.

Llamaron a la puerta con unos golpes suaves que hizo que pegara un brinco seguido de la voz de mi papá:

—Sam. Hijo, ¿estás aquí?

Sam me miró con cautela. Y le respondió a mi padre:

—Sí, adelante, estamos aquí.

Sentí que mi cuerpo se tensó, presa del pánico.

Mi papá entró y frunció el ceño al verme en la habitación con mi primo y el novio de mi prima.

Papá se aclaró la garganta y dijo:

—Crystal, no sabía que habías llegado —su tono era autoritario.

Miró a Harold y luego a Sam.

Harold rompió el momento incómodo presentándose.

—Encantado —dijo mi papá estrechando la mano de Harold, el cual se presentó como él novio de Gaby. Cosa que me dio una punzada en el estómago. Me regañé mentalmente, Harold y yo no éramos nada a penas y nos conocíamos. Y era normal que se presentara así ya que aún era novio de Gaby.

Y pensando en el diablo, hizo acto de presencia apareciendo detrás de mi papá en tan solo unos mini shorts color beige y una blusa tipo suéter color rosa chillón. A caso no tenía frío, aún no salíamos del invierno.

Una vez más dije lo que pensé en voz alta:

—¿No tienes frío, prima? —dije mirándola con desdén. Pero los únicos que se dieron cuenta de mi mirada fueron Harold y ella. Ya que mi papá estaba mirándola a ella al igual que Sam. Un Sam que se la comió con la mirada.

Cosa que me pareció muy retorcido. ¿A caso Sam no sabía que Barbie Inglaterra era su primita?

—Estamos casi en primavera. Además, hay calefacción en la casa y llevo suéter, ¡duh! —dijo poniendo los ojos en blanco.

Sam se rio y mi papá garraspó su garganta.

—Bueno, chicos. Harold, me encanta que te nos hayas unido. Si lo deseas, puedes dormir aquí en mi vieja habitación o si lo prefieres, puedes hospedarte en el hotel, como gustes, hijo. —dijo papá sonriendo algo incómodo. Claro que ellos no lo notaron, no conocían a mi papá como yo.

El problema era que solo había una cama en mi habitación. Supuse que mis padres agarrarían la cama del cuarto que era de papá. Cama que usó mi abuelo hasta que falleció y la llevaron a mi habitación. Ya que ni loca iba a compartir mi cama con la insufrible de Gaby. Así que, si Harold se quedaba en el que fue el cuarto de papá, yo tendría que compartir mi cama con Barbie.

Gaby chilló de emoción y corrió a abrazar a Harold. Lo miré de reojo, estaba con su postura de relajado, pero en sus ojos se le veía tenso e incómodo.

—Gracias, tío — dijo mirando a mi papá y para mi desagrado, le dio un rápido beso en los labios a Harold. A quien no le gustó la muestra de afecto público ya que torció la cara y le susurró algo rápido al oído a Gaby, pero ella lo ignora y siguió aferrada a su brazo. Me pregunté si solo era porque iba a terminar con ella o simplemente no le gustaba que lo besaran en público.

—Bien, prepararemos entonces todo para esta noche —dijo mi papá dispuesto

a salir de la habitación.

Dejamos solo a Sam en la habitación. Gaby se llevó a Harold para abajo. Mi papá se reunió en la cocina con mi mamá y yo me fui furiosa a mi habitación.

Es sencillamente increíble. No puedo negar que me encanta que Harold vaya a dormir aquí, pero tener que compartir mi cama con esa... Arggg, agarré un cojín del mueble del alfeizar de mi ventana y lo lancé con fuerza hacia la puerta, que en ese momento se abrió y el cojín le dio justo en la cara a...

—¡Harold! —exclamé llevándome las manos a la boca.

—¡Vaya! Pequeña, no lanzas como niña —dijo riéndose.

Me acerqué rápidamente hacia él y cerré la puerta con llave.

—Estamos solos otra vez. Tus padres se acaban de ir con Sam y Gaby. Los recogió Richard con su esposa.

Fruncí el ceño.

Harold me miró divertido.

—Te estarás preguntando, pequeña, por qué yo sigo aquí. Es fácil, se fueron almorzar por invitación de Richard, almorzarán en la terraza del hotel. Gaby, toda contenta, dijo algo sobre cambiarse para almorzar en el hotel, quiso que la acompañara, pero le dije que me encontraba mal del estómago. Y casi le da algo —dijo sonriendo con malicia y diversión y continuó—. Me creyó sin

preguntarme nada, digamos que es muy ascosa...

Lo interrumpí riéndome.

—Es muy delicada, toda una Barbie. Una cosa es ser ascoso, pero tiene que entender que la gente puede enfermarse o sentirse mal. ¡Por dios! Si mi novio me dice que siente mal, no saldría huyendo o poniendo cara de asco. Es algo natural.

Harold sonrió y me tomó por la cintura.

—Si fueses mi novia, serias mi enfermera sexy —dijo depositando un beso bajo mi oreja derecha.

Tragué saliva por sus palabras. No sé si lo dijo bromeando o lo decía de verdad. Lo miré y dijo como si me hubiese leído el pensamiento.

—Te dejé muda, pero... hablo en serio. Me gustaría que fueses mi novia. No ahora, es decir, tengo que terminar con Gaby. Quiero de verdad intentarlo contigo, podemos ir despacio y por razones obvias mantenerlo entre nosotros ya que Gaby es tu prima —dijo y suspiró.

Y aquí estaba delante de este chico sexy que me hablaba de entablar una relación con él. Por un momento pensé que estaba teniendo el sueño más increíble de mi vida o tal vez era un sueño que repentinamente se vuelve pesadilla. O tal vez era una broma de cámara escondida. El único amor que conocí y admire fue el de mis abuelos y terminó en un final triste. Me pasé desde los 13 años hasta el sol de hoy leyendo cientos de historias románticas.

Cuando me aburrí de lo juvenil fui por la etapa adulta, ahí fue donde aprendí sobre sexo. Mi familia está llena de secretos. En los 6 años que mi abuelo estuvo ausente, me volví una detective, me gustaría decir que estoy usando el sentido del humor para hacerme la graciosa, pero no. No lo digo en modo de humor, realmente me tocó investigar sobre mi vida. Resultó ser que fui concebida sin amor, fue solo un mal polvo. Lo sé, lo sé, cualquiera se preguntaría cómo lo sé. Pues mi mamá Alicia, en el ático de esta casa tiene una caja dedicada a una parte de mi vida que viene siendo mi concepción, la obligación que tuvo con mi papá como comenzó su vida con él. Todo eso lo escribió estando embarazada de mí. Para ser dulce y corta o más bien amarga, triste, patética y corta. Mi papá estaba borracho pasándola de lo lindo, mi mamá igual, se acostaron, mi papá no se acuerda de nada según lo que mi mamá narra. En cambio, ella dice que fue el peor polvo de su vida. Al saber que quedó en estado mío se sintió culpable hubiese querido concebirme con el hombre de sus sueños. Pero no pasó así. Sin embargo, aunque estaba en su peor momento, quiso tenerme. Lo que no se esperaba es que su millonaria familia le diera la espalda y que la obligaran a casarse con mi papá, si todavía quería tener un techo bajo su cabeza. Curiosamente ahí entra mi abuelo Ron. Quien se culpa por haber aceptado ese matrimonio por obligación. Sé que se culpaba porque mi abuelo me lo hizo saber en sus cartas. A medida que yo crecía, mi abuelo me revelaba los secretos de la familia no por su propia voluntad. Al darse cuenta de lo que yo iba descubriendo, no le quedaba otra que responder mis preguntas. Mis abuelos apoyaron a mi mamá le dijeron que, aunque su familia la dejara sin techo, aunque se casara o no con mi papá, ella no quedaría nunca desprovista de techo. Mamá, en un acto de miedo, aceptó casarse con papá y su familia cumplió con el trato siguieron, dándole dinero, ropa, comida techo. Mamá guardó todos sus reales en una cuenta como plan de emergencia. Pero para sorpresas de la vida, sus padres quedaron casi en

bancarrota y como mamá estaba siendo tratada bien en casa de mis abuelos, a pesar de que no amaba a mi papá, que, por cierto, los primeros 3 años juntos vivían en habitaciones separadas. Mamá tomó la decisión de regresar todos los reales a su familia, salvándolos así del desastre. Aun así, ella rompió toda comunicación con ellos menos con su hermana mayor Carol. En resumen, le tengo terror al amor, no solo todo eso sino también por el trágico final de la historia más bonita de amor la de mis abuelos. Que me niego recordar ahorita porque sé que rompería a llorar.

—Harold, solo diré que me encantas, sí, pero solo dejemos ver qué pasa. —frunció el ceño y añadí después de pasarme la mano con frustración por la frente —. Lo que quiero decir es que lo que dices es estupendo, a pesar de que me muero de miedo con la sola mención de la palabra “novios”, cosa que ahorita no puedo explicarte el porqué de mi miedo —dije sonriéndole con tristeza en los ojos.

—Pequeña, descuida, por eso te dije lo de ir despacio, no hay presión —se rio sin ganas —. Además, esto parece el típico drama adolescente —dijo riéndose ahora sí con ganas.

Me uní a las risas.

—¡Oye!, pero espera un momento. ¿Cómo es que no me invitaron almorzar? O al menos alguien tuvo la decencia de subir para avisarme que se iban —dije cruzándome de brazos.

—Eres adorable cuando te molestas —dijo. Acto seguido me dio un leve beso en los labios y dijo:

—Le dije a tu mamá que te escuché decir que ibas a tomar una ducha. Le dije que pensaste que era ella arriba; a la que le anunciaste que te darías una rica ducha. —Dijo sonriendo juguetonamente.



Capítulo 7

Le di un leve golpe con el puño en su hombro izquierdo.

—Ahora me puedes decir, ¿por qué lanzabas el pobre cojín a mi cara?

Estaba mordiéndose el labio para evitar reírse a carcajadas.

—Pues, ¿no escuchaste a mi papá? Gaby dormirá en mi cama, conmigo —dije caminando y sentándome en el borde de la cama.

—Hmmm, no entiendo. Esta casa parece grande, ¿no hay más habitaciones disponibles? —preguntó sentándose en el mueble de la ventana.

Negué con la cabeza y respondí:

—Está la de mis padres, luego la mía. La que usará Sam que era de mi tío Tom, la que era de mi papá la que usaras tú, la que era de mi tío Richard ahora es una habitación para guardar cosas tiene estantes y todo. Y las otras dos habitaciones... una es un estudio y la otra la sala de TV.

—Ya entiendo —dijo frunciendo el ceño.

—Me encanta que duermas aquí. Al menos sé que me puedo escabullir hasta tu habitación de noche. Muy, muy entrada la noche —dije esbozando una sonrisa juguetona.

Harold me regaló una hermosa sonrisa, jugando a su vez con los ojos. ¡Señor todo poderoso! ¿Cómo podía hacer eso? Tener tanto “sex appeal” Estoy 100% segura que no son solo mis hormonas, él es increíble y eso que aún no lo conozco lo suficiente.

—Pequeña, me estás mirando como si fuese un rico pastel de chocolate —dijo mordiéndose el labio inferior.

¡Pufff!, pues es que lo eres, pensé divertidamente. Puse los ojos en blanco. Pero me delaté al sonrojarme.

—Me quedé pensando en —suspiré—. En nada, la verdad, estoy ahogada mentalmente —dije recostándome boca arriba y mirando al techo.

—Bueno, qué te parece si pedimos una pizza. no sé tú. pero yo muero de hambre. —dijo levantándose. Lo miré apoyándome sobre mis codos. —. Y me ayudas a preparar mi habitación —dijo asomando levemente la lengua humectándose los labios, levantó las manos en modo inocente—. Me refiero si puedes, claro—se sonrojó apenado. Casi olvido mis modales ya que me quedé pensando en... —tenía una cara de pícaro... pero no me miraba a los ojos.

—¡Dios! Harold. eres terrible —solté bromeando.

—Pues funcionó mi plan, te estás riendo —dijo teniéndome una mano para levantarme.

Después de comernos la pizza, eran las 12:48 del mediodía. Acompañé a Harold a la habitación que ocuparía, le puse sabanas limpias; y para su comodidad, cada habitación disponía de su propio baño; así que le coloqué toallas. Ya había todo lo necesario para ocupar la habitación. No nos quedamos mucho en la habitación por miedo a que llegaran antes de lo previsto otra vez mis padres y compañía. Sin embargo, mientras hacía la cama, Harold me tumbó en ella y me dio un beso que me dejó sin aliento. Luego le dije algo muy ingenioso “¿Sabías que no es bueno hacer cosas como esta, dar besos así, hacer ejercicio nadar o tener sexo después de comer?”. Harold se destornilló de la risa, me dio la razón después de decir “solo quería el postre”.

Cuando llegaron mis padres cerca de las 3 de la tarde, yo ya me había dado una ducha mientras Harold tomaba una siesta. Apenas logramos conversar, solo cosas triviales. No pudimos profundizar. Sé que es británico que tiene 22 años de edad, que su signo zodiacal es libra, su color favorito es el verde. Y que tiene tres tatuajes, dos en cada lado de su bajo vientre “dos hojas de helecho” y uno en el brazo izquierdo de “un galeón”.

Nos distanciamos cuando llegaron mis padres, era lo correcto. Todavía tenía que buscar el momento exacto para terminar con Gaby, se propuso hacerlo antes de finalizar el día. ¡Vaya! pues solo me quedo desearle suerte. Yo no conozco a Gaby, pero los pocos minutos que he convivido con ella han sido terribles. Ya me la imagino haciendo un escándalo. Y así fue a las 8 de la noche Harold y una muy furibunda Gaby entraron discutiendo a todo pulmón a la casa. Para la buena suerte de Harold mis padres y compañía no estaban, decidieron ir a cenar al restaurante que inauguraba hoy en la noche. Las palabras exactas de mis padres fueron. “Crystal lo más probable dormiremos en el hotel ya que beberemos tu tío Richard quiere celebrar toda la noche y no quiere que manejemos; desea celebrar el reencuentro entre hermanos.” Obviamente, esta vez, los más jóvenes no estábamos invitados, mamá me dijo toda risueña que pidiera la comida que quisiera, ya fuese pizza, comida casera, china, sushi o hamburguesas. Esas eran las únicas opciones del pueblo por los momentos. ¡Ah, bueno!, más el nuevo restaurante, el más caro del pueblo, pero al parecer aún no hacían entrega a domicilio y dudo mucho que a mis padres les hiciera gracia que yo pidiera comida ahí, “por lo caro”. La invitación corrió por cuenta de Richard. En cambio, la comida que mamá me dijo que pidiera iba por cuenta de mis padres o, mejor dicho, mía ya que olvidaron dejarme dinero tendría que usar del mío.

8:15 p.m.

Estaba tranquilamente sentada en mi pc de escritorio, cuando escuché la voz chillona de Barbie gritando. Cabe mencionar que tenía los auriculares puestos, claro, a un volumen moderado, pero de todas formas el escándalo que estaba armando la Barbie Inglesa era monumental. Me levanté y sin hacer ruido me acerqué a las barandas de las escaleras, pero desde donde me encontraba era

imposible poder mirarlos sin que me vieran; no había forma. Tan solo podía oírlos claramente ya que Gaby no moderaba su voz y un aturdido Harold le decía que parara de gritar.

Harold

—¿Quéééé?! De verdad —gritó ella—. ¿Qué parte de la frase <<¿ME ESTÁS DEJANDO>> es la que no entiendes, Harold? ¿Cómo me exiges que no grite? Cuando tú —dijo chillando y tocándome bruscamente con su dedo índice el pecho— me estás abandonando en este pueblucho de mala muerte. ¿Para qué viajaste conmigo entonces? ¡Ah! ¿Para qué? Para humillarme delante de mi familia —dijo dándome un empujón.

Me pasé las manos por el cabello en un claro gesto de frustración.

—¡Gabriela!, escucha, esto no es nuevo para nosotros. Esta relación no va para ningún lado. ¿Ni siquiera sé para que me quieres a tú lado? Ya no hablamos o hacemos cosas normales de novios. Es más, ni siguiera... ¡Follamooooos! —grité exasperado. Dando gracias de que los padres de Crystal y el resto estaban fuera; pero sabía que Crystal estaba en la casa. Sin embargo, no fue mi intención gritar eso, pero es que es el colmo que Gabriela me toque las narices haciéndose la víctima.

Antes de que pudiese decir algo me pego una sonora cachetada.

—¡Eres un imbécil! —gritó. Seguido me empujo a un lado abrió la puerta principal de la casa y la trancó con fuerza, marchándose, dejándome aturdido

por sus gritos.

Para mi sorpresa no se fue llorando. Siempre que montaba una escena lloraba y yo casi todas las veces caía me sentía mal al hacerla llorar o simplemente verla llorar por todo.

—Creo que necesitaras una bolsa de hielo —dijo la voz de mi pequeña angelita. Cuando me di vuelta, ya que estaba mirando la puerta por donde se fue Gaby, la vi parada en el último tramo de la escalera.

Crystal

—Toma —dije entregándole una bolsa de guisantes congelados a Harold.

Solo me dijo gracias. Y dije:

—¿Estás bien?

Asintió con la cabeza y dijo:

—Sí, no me duele, tranquila, solo fue una cachetada —dijo sonriendo sin humor.

—No me refiero a la cachetada, me refiero a...

Me interrumpió.

—Lo sé, sé a qué te refieres. Sí, estoy bien, pero conociéndola, buscará la forma de que sigamos juntos —dijo suspirando y pellizcándose el puente de la nariz—. Ella está conmigo... es por interés, nada más.

Mi cara habrá hablado por mí porque cuando Harold me miró, dijo:

—Te explico. Gabriela y yo estamos juntos desde hace 2 años. Ella tenía solo 17 años cuando la conocí, unos días antes de su cumpleaños. Yo tenía 20 años, los cumplí el 10 de octubre, el cumpleaños de ella es el 24 de Noviembre. Me invitó a su fiesta. Lo primero que pensé cuando la vi en una discoteca a la que fui con unos amigos fue “qué rubia tan atrevida”. Así que, para resumir, la pasamos bien, tonteamos, bebimos, nos reímos, etc. Me invitó a su fiesta. La cual fue en uno de los hoteles más caros de Londres—dijo poniendo los ojos en blanco —Y yo fui porque la rubia me parecía interesante, logró llamar mi atención. Esa misma noche nos volvimos a emborrachar y me llevó a la habitación en la que se hospedaba sin que sus padres o familiares y amigos se dieran cuenta. Solo bastó decirme “¿Sabes qué quiero para mi cumpleaños?” Yo le pregunté y me respondió “Perder la virginidad con el chico más sexy de Londres.”

—¡Vaya! — No pude decir más nada. Por alguna extraña razón, se me rompió el corazón saber que Harold le quitó la virginidad a mi prima.

—Espera, Crystal —dijo al ver una vez más algo en mi cara que hizo que su cara hiciera una mueca de inquietud—. Estaba borracho y —se pasó las manos por el cabello— bueno, una cosa llevo a la otra, estábamos besándonos y eso que dijo me excito más. ¡Joder! Soy hombre, la verdad es algo básico. Lo hicimos, obviamente nos cuidamos, jamás lo hago sin protección.

Alcé una ceja.

—Nunca has sentido a una mujer sin condón —dije con tono de curiosidad.

Estábamos sentados en la mesita redonda de la cocina.

Negó con la cabeza.

—La verdad, no. Me gustaría, pero tengo que confiar 100% en la chica.

—Entiendo, la confianza se gana.

Harold me miró y me sonrió con picardía.

—Muchas mujeres que he conocido no se preocupan por eso. No solo me da miedo dejarlas embarazadas, sino también pienso en las enfermedades, soy muy selectivo. Una cosa era de más joven besarme con chicas del colegio o en fiestas, pero el tema del sexo soy cuidadoso.



Capítulo 8

—¡Vaya! Y ¿cómo haces para saber si la chica no tiene alguna enfermedad? — pregunté con mucha curiosidad.

Harold sonrió frunciendo el ceño.

—Bueno, aparte de que converso un rato con ellas, ya que depende del momento. Si salgo de juerga o mejor dicho cuando salía de juerga. Uno se desconecta, se relaja y es como que piensas menos, actúas más. Y depende de la mujer. Si quiere ir directo al grano. Pues yo soy sincero y directo y le digo para no ofenderla o incomodarla que estoy sano, aunque no me lo pregunte y ella me responderá lo mismo. Y en cambio una mujer que tenga alguna enfermedad; gracias a Dios nunca me he conseguido con una. Eso se nota en la calidad de persona. Aunque hay gente que es malintencionada. Hay que saber conocer los lugares para ir saber con qué clase de gente relacionarse. Y también es saber el tipo de mujer a que grupo pertenece. Sabes que dicen “cada cabeza es un mundo” pero hay gente con los mismos intereses y se crean grupos por eso me parece un error cuando las personas por ejemplo las mujeres dicen “todos los hombres son iguales”. Ok, no negaré que “hombre al

fin” el modo operandi para lo que estamos programados, puede que sí en algunas cosas los hombres somos iguales, lo mismo con las mujeres “no todas son iguales” pero si tienen cosas que comparten todas. Y no me refiero a sus cuerpos —dijo sonriendo divertido—. Porque hasta en eso son diferentes. Todos los cuerpos son distintos, aunque hace poco leí un artículo que las mujeres y los hombres sus partes genitales pueden pertenecer a un grupo. Los distintos tipos de vaginas y los distintos tipos de penes. —finalizó riéndose mostrando los dientes.

Mi cara era de asombro, no me imaginé que me diera un discurso tan interesante.

—Pues, ¡vaya!, eres la primera persona que conozco joven que me hable de temas interesantes o así tan suelto.

Se pasó una mano distraídamente por el ojo derecho.

—Bueno, la verdad me extendí un poco —dijo sonriendo avergonzado—. Me sorprendí al hablar así contigo. Normalmente nunca hablo tanto y menos de cosas así, de este tipo o personales. Siempre son sobre cosas triviales.

Sonreí contenta por escucharlo decir eso y me levanté para sacar una bolsita transparente guardada en uno de los gabinetes de la cocina. En la bolsita había distintos menús para pedir comida a domicilio.

—Veamos, qué te provoca comer —dije sacando los menús de la bolsita y esparciéndolos en la mesa.

Al final nos decidimos por comida china. Comimos en el comedor hablando de anécdotas infantiles graciosas. Y de algunas experiencias en el instituto. Al terminar de comer, Harold me ayudó a lavar, secar y guardar los platos.

Ya eran las 10:02 de la noche.

—¿Quieres ver una película o algo? —dije parada en el pie de la escalera.

—Justamente estaba pensando en hacer algo divertido, pero... —dijo con cara de seriedad— no sé si sea buena idea. Sé que Gabriela no dejara las cosas así, puede aparecer en cualquier momento aquí y no quiero que nos descubra juntos, aunque sea viendo una película. Buscará a quien echarle la culpa del porqué termine con ella. Y no quiero que se meta contigo —dijo suspirando pesadamente.

—Lo entiendo, cierto, bueno, entonces —jugué con mi pie nerviosamente dando golpecitos al suelo con la punta de mi deportiva. Llevaba unos jeans a la cadera azul claro desteñido. Una blusa de invierno manga larga semi transparente menos en la parte de los senos donde la tela era arruchada y ajustada con el escote redondo. Y mis converse favoritos. El cabello lo llevaba suelto en cada lado, me puse una horquilla con forma de estrella de tela color gris y estrellitas blancas.

—Eres hermosa y no sabes cuánto —dijo tomándose rápidamente por la cintura, pegando nuestros cuerpos y labios. Me besó lenta y apasionadamente.

Subimos y cada uno se fue a su habitación. Curiosamente nunca sentí esta habitación como mía, mejor dicho, la casa en general. Siempre la he sentido

como la casa de mis abuelos. No podía dormir a pesar de estar cansada, pero necesitaba energías. Harold y yo habíamos bromeado en la mañana del día de hoy vernos en la madrugada en su habitación. Ambos sabíamos que no era solo una broma, no podíamos dejar de tocarnos y no me refiero a solo besos y caricias con tono sexual. Era como si fuésemos un imán. En cada oportunidad nos rozábamos inconscientemente, ya sea que yo pusiera una mano en su brazo o él en mi mano. Puse la alarma de mi móvil para que sonara a las 2 de la madrugada. Antes de acostarme para dormir algo, abrí mi armario y saqué un lindo picardías color negro floreado en la parte de los senos y transparente en esa área y en los bordes del mismo. Me lo compré por impulso una vez que fui a dar un paseo al centro comercial. Todavía no lo había estrenado. Me refresqué en el baño y me lo puse. Me miré en el espejo completo del baño. Revisé mis piernas de arriba abajo en busca de cualquier bello indeseado, pasé la prueba, no tenía ninguno. Me quité el picardías para poder aplicarme una crema de vainilla por todo el cuerpo, como era de absorción rápida, me puse de nuevo el picardías, peiné mi cabello y me puse un poco de crema para peinar. Y para finalizar me puse la loción de bebe que tanto me gusta. La alarma sonó, me levanté frotándome los ojos y corrí a lavarme la cara y cepillar mis dientes por segunda vez en la noche.

Antes de atreverme a ir a la habitación de Harold, le dejé un mensaje rápido. Ya que antes de irnos a dormir me dio su número. A los 3 minutos me respondió que fuera, me entró la risa tonta, supuse que se quedó dormido, igual que yo. Me puse una bata para poder salir de la habitación.

Antes de poder llegar a su habitación, me detuve en seco en medio del puente de la escalera. Tragué saliva, había una figura en la escalera tirada en la escalera. ¡Oh, por Dios! No sabía si gritar, correr. Aunque no pude elegir que

hacer porque mi cuerpo se congeló, apenas llegaba luz de las ventanas de la sala. Solo podía mirar la silueta de alguien. O eso parecía. No es que crea en fantasmas, me entró el pánico pensando que podía ser también un animal, pero nunca antes supe de animales tan grandes que se colaran en las casas de este pueblo. Cuando por fin logré caminar en retroceso escuché un pequeño quejido. Un quejido completamente humano.

—Eres... un tonto... —hipó la voz. Esa voz era, era de... La Barbie. ¡Genial!, estaba borracha.

—¡Por Dios! Gaby, ¿qué diablos haces? —dije casi susurrando ya que no sabía si podía haber alguien más en la casa. Bajé las escaleras y la ayudé a levantarse. Hasta que maldije en voz baja, no se me ocurrió prender una luz. Pero ya no podía subir, tenía a Gaby sujetada por un brazo, si la soltaba, iba a rodar por la escalera.

Alguien prendió la luz y casi y di un respingo.

—¡Pero qué mierda! —soltó Harold pasando de la sorpresa a ponerse molesto. Al ver a Gaby semi consiente.

Iba a decirle que me ayudara, pero bajó rápidamente de una zancada.

—Lo siento —dijo gesticulando con la boca sin hablar. Y mirándome con preocupación.

Asentí con la cabeza y juntos subimos a Gaby a mi habitación.

—Bueno, ahora sí está inconsciente. —dije soltando el aire por el esfuerzo. Me había dado vuelta de frente a Harold, pero con la cabeza en dirección hacia una Gaby dormida con la boca abierta, boca arriba en medio de mi cama.

Harold no dijo nada, cuando lo miré a la cara, sus pupilas están dilatadas y su boca levemente abierta. Hasta que noté que era por mí. Se me había abierto la bata. Me reí como tonta y me cerré la bata. Me coloqué un dedo en la boca en señal de “shhh” y moví la cabeza mirando hacia la puerta de mi habitación. Entendió perfectamente lo que quise expresarle porque tragó saliva y asintió con la cabeza. Antes de dejar la habitación, tomé la papelera vacía de mi habitación y la coloqué pegada a la cama por si la Barbie le entraban ganas de vomitar.

Cuando llegamos a la habitación de Harold y cerré la puerta tras de mí. Harold me tomó por sorpresa, pegándose contra la puerta y besándome con locura. Nuestros jadeos llenaron el lugar. La bata terminó en el suelo y sus manos una en mi cintura y la otra levantando uno de mis muslos. Su boca dominó a la mía, su cuerpo estaba fusionado conmigo, noté su pecho desnudo en las partes desnudas de la parte frontal de mi cuerpo, donde la tela del pequeño picardías no tapaba. Su erección la sentía pegada a mi vientre. Luego me levantó haciendo que mis piernas se enroscaran perfectamente a su cintura, me llevó a la cama. Cabe mencionar que él tenía un sencillo short negro con franjas blancas de cada lado, igual que el pantalón deportivo que yo llevaba en el aeropuerto. Cuando lo miré con atención en mi habitación, casi hiperventiló. Se le marcaba la famosa V en su hermoso y sexy cuerpo. Y sus tatuajes me dejaron sin aliento. Si no hubiese estado Gaby en mi habitación en ese momento, me abalanzo encima de él. Y ahora que lo tenía encima de mí,

entre mis piernas, simplemente no podía ni recordar mi nombre. Estábamos tan perdidos uno con el otro que me acordé de algo que me dijo sobre... que era. ¡Todo poderoso! Sus manos estaban cerradas en mis pechos, atrapados aún por la tela del picardías, su aliento en mi cuello.

Harold

Debería de escribir una canción sobre esta pequeña angelita. Ella es el cielo en la tierra, pero ¡Joder! el infierno en lo caliente que es. Mi polla se despertó de golpe al ver con la bata se le abrió. Estaba tan cabreado con Gabriela y al ver a mi pequeña angelita se me olvidó todo. Sus pechos fueron creados para mis manos. Sabía que tenía que ir despacio, no solo porque fuese virgen, porque se merece que la traten con lo mejor del mundo... Yo...Seguí besándola y perdiéndome en su piel, besando cada parte de su suave y rica piel que olía a vainilla y alguna loción que me recordaba a bebés. Joder. Se puede ser tan jodidamente sexy e inocente al mismo tiempo.

Crystal

—Ya me acordé —dije jadeando.

Harold seguía bajando por mi cuerpo, besándolo. Le di un pequeño tirón por el cabello, gimió en respuesta. Casi me echo a reír, por eso no quería excitarlo más sin antes decirle que no teníamos condón.

—No n... ¡Dios! —grité de placer. Su boca estaba en mi muslo interno

izquierdo y sus manos estaban una apoyada en la cadera derecha y la otra presionando mi afeitado monte de venus.

—No, no, tenemos condón... —logré decir rápidamente antes de sucumbir por sus magníficas caricias.

Subió la cabeza para mirarme. Juro por Dios que tuve un orgasmo nada más con mirarle a la cara. Mi zona íntima se contrajo cuando esos ojos verdes me miraron llenos de pasión, sus labios rosados estaban hinchados, sus brazos estaban tan tensos por la posición en que estaba apoyado. Su boca levemente abierta, su pecho subiendo y bajando aceleradamente. Y yo que creía que los libros exageraban con los hombres literarios, estoy segura que Harold se escapó de algún libro. Tragué saliva y parpadeé teniendo miedo que fuese solo un bonito sueño.

Capítulo 9

—Pequeña, descuida, yo tengo. Pero no creas que los compré esperando algo. Los compré por costumbre antes de viajar. Aunque Gaby y yo no hemos tenido sexo en meses. —dijo mirándome a los ojos sin sonreír estaba serio y... (Me mordí el labio inferior) y muy follable... Son mis hormonas las que están pensando por mí. No lo dejé decir más nada, me levanté un poco, lo tomé por el cuello y lo besé para hacerle saber toda la revolución que había en mi interior.

Quedé a horcajadas sobre él. Sus manos bajaron de mis caderas a mi trasero desnudo ya que no me puse braguitas. Y me apretó las nalgas haciéndome gemir. Seguí comiéndole la boca hasta que subí los brazos, me besó el cuello mientras subía lentamente sus manos por mis costados, separó sus deliciosos labios de mi cuello y soltó un siseo al quedarse mirándome detenidamente los senos aún cubiertos por el picardías. Colocó sus manos en el borde del picardías y comenzó a subirlo despacio. Cuando sentí mi cabello tocando mi espalda, bajé la mirada, ya que había echado la cabeza un poco hacia atrás, cuando sacó el picardías por mi cabeza. Su respiración estaba descontrolada, sus ojos no dejaban de mirarme a los senos. Lo abracé pegando mi pecho al

suyo y escuché cómo gruñó de placer en mi cuello. Ahora me encontraba completamente desnuda y a su merced. Se levantó dándome un beso rápido en los labios. Acto seguido, se llevó las manos al elástico del cinturón del short para bajárselo. Sin dejar de mirarme con deseo.

—Espera — dije sentándome encima de mis pantorrillas. Me estiré un poco, dejando ambos brazos extendidos, eso hizo que mis pechos se unieran.

Harold puso los ojos como platos y jadeó. Le sonreí con picardía y me sonrojé.

—Quiero quitártelo yo —dije bajando la mirada a su gran erección.

Abrió la boca más por la sorpresa tragó saliva y asintió con la cabeza, se acercó hasta mí. Enganché mis dedos al short y tiré de él para que se acercara más y escuché cómo soltó aire, sentí su aliento caliente en mi frente. Le bajé el short y su erección salió disparada, apuntándome. Pasé mi lengua inconscientemente por mis labios sin dejar de mirar su pene erecto.

—Espera —dijo con la voz tan ronca que me tembló el cuerpo. Estoy segura que eso se le escapa el saber que su voz es sexy cuando se le pone más ronca, aunque de por sí es condenadamente sensual. Al menos que alguien se lo haya señalado. Sigo creyendo que es un personaje literario.

Me dio la espalda y comenzó a buscar dentro de una maleta que descansaba sobre el escritorio de la habitación. Los condones... y me regaló la vista de su apretable trasero. Un trasero que debía de estar asegurado al menos en 10 millones de dólares. Admito que tengo sentido del humor, pero mis hormonas

han tomado todo el poco control que tengo, no sabía que podía ser tan atrevida.

Se dio vuelta se acercó a la cama, rascó con cuidado la envoltura del condón con las manos, lo sacó y se lo puso. No podía dejar de mirarlo en el proceso. Luego se colocó entre mis piernas y comenzó a besarme la boca, sus manos viajaron por mi cuerpo lentamente. Su boca dejó mi boca, se desplazó por mi mejilla derecha y siguió con el recorrido, enviando pequeñas descargas eléctricas a mi cuerpo. Su boca ya estaba por mi clavícula derecha, su aliento me calentaba donde besaba y lamía de vez en cuando. Cuando se detuvo en mi pezón derecho, sentí lo más increíble del mundo, su lengua en mi pezón erecto, comenzó a chuparlo, comencé a gemir y lo apreté con mis piernas alrededor de su cintura, su pene estaba pegado a mi vientre. Con un “pop” se fue a por mí otro pezón que tenía masajeando con su mano. Mientras me dedicaba toda su atención, mis manos que estaban sobando su espalda, bajé una hasta su pene.

—¡Joder! —soltó y sentí su aliento en mi pezón.

Continué, tomé su pene y lo rocé con los húmedos pliegues de mi hendidura. Harold gruñó apoyando su frente en medio de mis pechos.

—Pequeña... —Su voz salió entrecortada.

Continué y comencé a mover las caderas y a gemir descontroladamente. Él se unió a mí en gemidos y en el movimiento, sin previo aviso bajó una mano y comenzó a mover sus dedos en mi zona íntima o más bien zona caliente.

—¡Mierda! Nena, pequeña... — jadeó—. Tengo que entrar, ya no durare nada

así, ¡joder!, me pones a millón, pequeña... —dijo soltando un gutural gemido al seguir sintiéndome.

—Ok. —logré decir al volver a gemir de placer por el efecto de sus palabras.

Me besó en la boca desenfrenadamente y dijo:

—Aquí voy, nena, entraré con el máximo cuidado, dime si te duele —dijo respirando aceleradamente.

—Ok. —dije y esperé.

Hasta que sentí cómo la cabeza de su pene comenzó a entrar, tomé aire y siguió entrando sentí un poco de ardor y para distraerme de la sensación, le besé bajo la oreja izquierda. Harold se estremeció y gruñó. Y entró más. Solté un quejido sin poder evitarlo.

—¡Crystal! ¿Estás bien? —exigió con tono de voz nervioso.

Una lágrima se me escapó.

—Sí, la verdad no es tan malo, solo es un poco de ardor —dije. No mentí, solo que acostumbrarse era raro.

—Ok, me moveré un poco y luego entraré por completo —dijo jadeando y hablando tan condenadamente ronco. Que, sin poder evitarlo, contraí mis paredes vaginales. Harold gritó de placer y entró completo.

Solté un grito, pero igual traté de amortiguar el ruido y me mordí la mano. Estaba segura que no había más nadie en la casa, solo una Gaby dormida por la borrachera que tenía. Antes de acompañar a Harold a la habitación, me cercioré que no había nadie.

—¡Oh! nena... —gimió—. Joder, ¿estás bien? —dijo mirándome a los ojos.

—Sí —dije mirándolo y besándolo con pasión en la boca. Mentí, me dolió, pero su voz de preocupación compensaba el dolor.

Comenzó a moverse mientras nos besábamos, pero el beso se descontroló entre jadeos y gemidos de ambos. El dolor se convirtió con cada embestida en placer.

Harold.

Traté de ir lento, pero era difícil, en cada embestía que daba, ella alzaba las caderas y me apretaba los glúteos, haciendo que mi polla la llenara por completo. Sus gemidos y sentir su cuerpo bajo el mío era jodidamente un delirio, era lo mejor del puto mundo. No podíamos mantener el ritmo de los besos en la boca, los gemidos y jadeos nos los impedían, mis manos una estaba sujetándola por la cadera y la otra la bajé en donde nuestros cuerpos se unían. Haciendo uso de mis dedos, comencé a trabajarle en su hinchado clítoris. Y comencé a disfrutar de cada bendito gemido gruñido, temblor, besos desenfrenados y lo mejor del mundo era su voz gritando mi nombre cuando le di un orgasmo. Sentí en mis dedos cómo se contrajo, los retiré y mi polla tomó por completo su agarre, era como un maldito guante. Y en dos embestidas más, me corrí.

Crystal.

Y así me perdí mi virginidad. No diré que fue mi primer orgasmo porque es mentira, antes he tenido generados por mis expertas manos. Pero sí fue mi primer orgasmo sacado por un chico. Corrijo, por un hombre.

Dejé mi cabeza apoyada en su pecho, podía escuchar el latido de su corazón y una paz se apoderó de mí ser. No diré que me entraron ganas de llorar. Porque la verdad no. Me sentí protegida en sus brazos, no pensé en nada solo disfruté de estar entre sus brazos. En la seguridad y comodidad entre ellos. Sexualmente quedé satisfecha y emocionalmente mi mente cortó comunicación con mi cuerpo. Creo que sí siento paz, supongo que sería algo espiritual entonces. Y la seguridad es porque siento que es una buena persona. Y la comodidad porque no me siento cohibida con él. No sentí nervios, ni miedo, ni incomodidad de que me viera desnuda. Siempre me sentí dispuesta a más, lo único que activo mis alarmas fue la protección en los anticonceptivos. Esa fue mi única preocupación y quedó solucionado. Comenzó a darme sueño, pero no me podía permitir más tiempo en su cama. Tenía que ir a dormir.

—¡Mierda! —dije sentándome sin cubrirme los senos.

Harold me copió.

—¿Qué sucede, pequeña? —dijo mirándome a los ojos, pero fallando porque sus ojos fueron a parar a mis senos unos segundos.

Le sonreí con diversión y dije:

—No puedo ir a dormir a mi habitación con la fiestera de Gaby —dije por no llamarla borracha.

—Bueno, en ese caso —dijo sonriendo juguetón—. Puedes hacerme compañía.

—Me encantaría despertarme contigo para descubrir el famoso “mañanero” —dije sonriendo con picardía y malicia.

A Harold casi se le cae la mandíbula.

—¡Joder!, pequeña angelita, te cambiaré el apodo a pequeña traviesa —dijo con los ojos como platos y sonriendo enseñando los dientes.

Me encogí de hombros fingiendo inocencia. Y me gané con eso que Harold me tumbara boca arriba y se subiera encima de mí.

—Segundo round —dijo con voz ronca y mirándome con intensidad a los ojos.

Quise decirle que sí, pero tenía que ir a dormir o no podría comenzar este día. Le di un beso en la punta de la nariz y le respondí.

—Tengo que descansar, boxeador, pero cuando salga el sol te prometo intentar un mañanero. —dije sonriendo y mordiéndome el labio inferior.

—¡Por Dios!, pequeña, con esas palabras hiciste que se me pusiera más dura

la polla.

Me reí y él se me unió.

—Me encanta que seas tan tú, que no te contengas y hables así, con tacos.

Me dio un beso que me dejó sin nada de aire en los pulmones.

—Tú eres la que me causó gracia con el taco que soltaste hace poco. Cosa que me parece sexy. —dijo y me volvió a besar—. Claro, tampoco es que adore a una chica con boca de camionero —dijo destornillándose de la risa.

—¡No!, tampoco así, no soy así —dije y me levanté quedando completamente desnuda ante la mirada de un deseoso Harold.

Capítulo 10

Harold

Me costó un mundo no levantarme y meterla de vuelta conmigo a la cama. Mi polla estaba tan dura que sabía que tenía que jugar conmigo después de que mi pequeña angelita traviesa se fuera a dormir. Sino conseguiría un dolor de cojones. Observé cómo se vistió sin apartar mis ojos de su espléndido cuerpo. Señor ese trasero tan redondito y no muy grande, ni muy pequeño, era todo un placer para mirar, tocar, incluso morder.

Después de intentar a punto de un par de besos calientes que se quedara. Cosa que empeoro mi condición. Mi polla necesitaba atención. Saqué de mi neceser un tubo de lubricación. Eran las 3:54 de la madrugada cuando miré mi móvil.

Me tumbé boca arriba como dios me trajo al mundo. Agarré y eché una buena cantidad de lubricante encima de mi dolorosa erección. Y solo podía imaginar el cuerpo de Crystal. La verdad le hacía honor a su nombre. Era un hermoso cristal. Cuando sujeté mi erección con la mano izquierda, de solo tocarla siseé

y comencé a subir y bajar la mano. Joder, cómo me gustaría que fuese ella y no yo. Mi mente revivió todo lo que hice con ella. Cómo su mano tomó mi polla, cómo su boca me dio una magnífica mamada durante el día. A medida que movía más rápido la mano, comencé a jadear y a gemir. Rara vez gemía cuando jugaba conmigo, tenía que estar muy excitado para eso. Y joder que lo estaba ahora. Seguí con mi trabajo manual, pero me detuve cuando sentí que estaba cerca, respiré profundo; miré mi polla sin tocarla estaba apuntando hacia el techo. Me sobé los testículos y mi mente siguió sumida en las imágenes tan eróticas, tan sensuales de mi pequeña angelita, de su sonrisa, de su voz. Volví a tomar mi polla, gemí y volví al asunto. Hasta que me corrí gritando en la almohada su nombre.

Crystal

Ya me había aseado en el baño de mis padres. Me sorprendí un poco ver la sangre, aunque sabía que era normal, me lavé con cuidado, estaba un poco adolorida. Busqué un ibuprofeno, en casi todas las novelas eróticas que leí, las chicas tomaban ese medicamento al sentir dolor por su primera vez. Me acosté casi a las 4:30 de la madrugada, no podía dejar de sonreír estaba ahogada físicamente. Mi mente hacía que recordara cada segundo con Harold, mi corazón se aceleró más de una vez al viajar en los recuerdos. Pensé que no lograría dormirme hasta que por fin lo logré sin darme cuenta.

Me desperté por alguien tocándome el brazo.

Abrí los ojos y vi a mi mamá sonriéndome.

—Hola, bella dormilona, ¿y eso que no duermes en tu cama? —pregunto quitándose unos pendientes en forma de gotas de agua.

Me froté los ojos, me abracé a una de las almohadas y le respondí:

—Gaby está durmiendo en ella...anoche ella no se sentía muy bien del estómago, así que llegó y dejé que se quedara ahí tranquila.

—Qué considerada, ponquesita —dijo sonriendo afectuosamente mientras tomaba un cepillo para el cabello.

Mi mamá me decía ponquecita ya que no podía dejar de comer ponquesitos cuando estaba en la dulce espera de mí.

Casi ruede los ojos por ese comentario, pero no podía decirle que mi insufrible prima llegó borracha anoche, no era chismosa.

—Papá y tú... ¿lo pasasteis bien? —dije distraídamente mirando la hora en un reloj digital de la mesita de noche. Eran las 10:30 a.m.

—Sí, la verdad que sí, tu tío Richard es... tan agradable —dijo y logré mirar una sonrisa radiante antes de darse vuelta para ir al baño.

Me quedé perpleja, no solo fue una sonrisa, mi mamá se sonrojó y se oía tan encantada. Me quité esa idea de la cabeza que comenzaba a formarse. Y me levanté. Tenía tan solo un minúsculo short de pijama de encaje color azul turquesa y una camisa ombliguera blanca con un gato negro, el cual tenía un moño azul turquesa en el cuello. Me sonrojé, es cierto que me puse esta

elección de pijama para verano solo por Harold.

—¡Vaya!, hija, me sorprende que uses, aún con el frío que hace, ese pijama —dijo mamá saliendo del baño.

—Sí, es que anoche saqué rápidamente lo primero que tenía a la mano —dije sonriendo con ingenuidad.

— Ponte una de mis batas para salir el novio de Gaby y tu primo andan por ahí.

—Sí, claro voy. —respondí caminando rápidamente hacia el vestidor.

Cuando salí del vestidor, mamá ya se había ido. Entre al baño y usé un cepillo de repuesto. Me lavé la cara y salí de la habitación. Me moría de ganas de darle los buenos días a Harold. Pero era un riesgo ir a su habitación. Riesgo que deseaba con todo mi ser correr, pero primero iría a ver a Gaby ella era el peligro a mis padres podía despistarlos, pero a ella no.

Entré silenciosamente y para mi buena suerte Gaby estaba roncando boca abajo. Casi me echo a reír a todo pulmón me tapé la boca. La Barbie ronca, supongo que para ella debe de ser todo un drama eso. Antes de salir tomé unos jeans a la cadera color negro y una sencilla blusa manga corta blanca con florecitas rosadas bordeadas en el escote redondo. Y una chaqueta de cuero negro, ya que se veía que hacía frío, afuera amaneció nublado. Cuando iba de salida, se me ocurrió mirar la papelera junto a la cama. Hice una mueca de asco estaba hasta la mitad del vómito.

Miré con discreción el puente de la escalera, del otro lado estaba la habitación que ocupaba Harold. No había moros en la costa casi corrí hasta él. Toqué la puerta rezando para que nadie apareciera. En unos segundos más se abrió la puerta y casi se me cae la mandíbula al suelo. Harold abrió la puerta en nada más que la sábana de la cama amarrada en la cintura, el cabello despeinado. Tenía la descripción exacta que usaban en los libros eróticos “cabello de recién follado”. Se frotó los ojos, mis ojos no se quedaron mucho tiempo en su cara, recorrieron de nuevo su pecho desnudo hasta abajo cuando casi grito como una loca, había sangre en la sábana, no lo había notado hasta que la sábana se deslizó un poco hasta el suelo. Le di un empujón para que entrara rápido a la habitación. Cosa que lo tomó por sorpresa.

—¿Oye, estás bien? ¿Por qué estás tan asustada? —dijo ahora más despierto y con el ceño fruncido.

—Lo siento, buenos días —dije dándole un leve beso en los labios—. Pero mira, las sábanas están llenas de sangre.

Harold bajó la mirada y se rio suavemente.

Capítulo 11

—Lo sé, descuida, eso es por... —se rasco la nariz—. Pues es tu sangre, pequeña, pero es normal y no es mucha, no me molesta, la verdad. Estaba muy cansado como para preocuparme por un poco de sangre —dijo sonriéndome con sinceridad.

Yo me sonrojé.

—Pero no es problema, solo hago esto y ya —dijo dejando caer la sábana al suelo, quedando totalmente desnudo ante mí. Y para mi hermosa sorpresa, estaba erecto.

—¡Vaya!, así es una erección mañanera —dijo mordiéndome el labio inferior y mirándolo de la cara a su pene.

Luego me di vuelta, le puse seguro a la puerta y me di vuelta, abriéndome la bata y dejando que cayera al suelo como la sabana que llevaba Harold segundos antes.

—¡Wow!, y esa es un fantástico pijama. —dijo caminando hacia mí con los ojos como platos. Me sentía más hermosa que nunca en mi vida y eso que anoche le entregué mi virginidad. A pesar que anoche estaba desnuda y ahora no me sorprendía tanto que me mirara con el mismo deseo que anoche, incluso con tanta sorpresa, eso era algo que nunca entendía. Siempre he tenido la idea errada que los hombres una vez que te ven desnuda, eso es todo no te verán dos veces igual. Y aunque me di cuenta que estaba errada, la sensación persistía, pero eso era harina de otro costal.

—No sé si podamos hacer algo, están todos en casa y mi mamá o mi papá pueden comenzar a buscarme por la casa, están todos abajo.

Harold iba a decir algo, pero lo interrumpí.

—Al menos que.... —me llevé una mano a la barbilla—. Que baje y les diga que Gaby amaneció muy mal, mi papá como es tan buen anfitrión querrá hacer que ella se sienta mejor y la acercará al hotel donde la atenderán como una reina.

Harold frunció el ceño.

—Lo sé, es casi como delatarla, pero mi mamá hoy me preguntó por qué dormí en su habitación tuve que decirle que Gaby estaba mal del estómago, fue lo único que se me ocurrió decir y no es del todo falso, ya que se ve que paso toda la madrugada vomitando.

—Bueno, la verdad que no es mala idea, cuando se recupere, no quiero lidiar ahora con su repertorio de groserías. ¡Oh!, vaya a saber qué me dirá. Y más

con resaca. —dijo pasándose una mano por el cabello.

—Bueno, pero antes me voy a vestir para bajar —dije acercándome al escritorio y dejando la ropa encima de la maleta de Harold.

Lo miré, subí los brazos y me saqué la camisa. Luego lo miré de la cara a su pene, que se tocó distraídamente. Sonriéndole, mostrándole los dientes, me di vuelta y meneé un poco de lado a lado el trasero mientras me sacaba el minúsculo short de encaje.

—Joder, pequeña. Sabes el espectáculo que me estás dando. —dijo casi susurrando.

Me di vuelta y estaba mordiendo sexymente el labio inferior.

—¡Yoooo! —dije falsamente ofendida—. Quien se quitó la sabana fuiste tú —dije sin dejar de sonreír mostrando los dientes.

—Por cierto, tienes que sonreír más así, tienes una sonrisa preciosa, pequeña angelita traviesa —dijo acercándose a mí peligrosamente, acortando la distancia de nuestros cuerpos desnudos.

Tomé los jeans y me los puse sin bragas, no se me ocurrió tomar ropa interior distraída por Gaby. Lo mismo hice con la blusa, di gracias a dios que no era transparente en la parte del escote ya que no llevaba sujetador.

—¡Wow! Nena, espera, sin ropa interior —dijo con la voz ronca.

Me acerqué hasta estar pegada a él, abrí un poco las piernas y su pene se acomodó entre mis piernas.

—Sí, es que se me olvidaron, me distraje viendo a Gaby. Pero nadie sabe que no llevo ropa interior, solo tú —dije rozando sus labios.

Me tomó por la cintura y devoró con hambre mi boca.

A los segundos se despegó.

—Lo siento, pequeña, no me he aún cepillado los dientes —dijo avergonzando. Pero no deje que dijera más nada esta vez, lo besé yo con la misma intensidad que él.

No tenía mal aliento, sé que por higiene uno se cepilla recién levantando, hay gente que amanece con mal aliento, pero otros no porque tienen una buena higiene y no sufren de problemas bucales.

—Me voy, ya me estoy tardando —dije y le di un leve beso en la boca e hice una cosa que me hubiese gustado disfrutar más tiempo, tomé su pene erecto en mi mano y la subí y bajé lentamente mirándolo a los ojos y me separé dándole otro beso leve en la boca. Gimió cuando lo tomé con mi mano.

—¡Joder! —gruño cuando lo solté.

La mañana se terminó como esperé, mi papá se llevó a una aturdida Gabriela,

ayudada por mi mamá, al hotel. Donde para mi hermosa suerte esperaba su padre junto a su nueva esposa. Gaby pasaría parte de la tarde recuperándose, aunque sé que se vengaría. No sé cómo lo sabía, era más como un presentimiento, seguro pensaría que la traicioné contándoles a todos que se emborrachó. Cosa que se dará cuenta tarde o temprano que no es así. Sam decidió irse a hacer diligencias al pueblo, no lo vi en la casa. Y mi mamá se fue para reunirse con unas amigas y daría una vuelta por la panadería, ya que tenían a una nueva encargada mientras atendían a sus invitados. Papá también tenía que hacer cosas fuera de casa. Por eso siempre me refería así del pueblo “se fueron al pueblo” aunque todo formara parte de él. Ya que la zona donde estaba la casa de mis abuelos parecía apartada, como vivir en el campo y la zona nueva y donde estaba el ajetreo las tiendas, etc. Era más como una ciudad.

—Una vez más solos en casa, aunque ya se fue la mañana —dijo jugando con una manzana y mirándome con travesura.

—¿Tienes hambre? —pregunté observándolo con disimulo. Llevaba unos jeans negros tan ajustados como los que tenía la primera vez que lo vi y una sencilla camisa color negra más una chaqueta color miel de gamuza. Unas botas del mismo color que la chaqueta. Sencillamente adoré su estilo.

—Sí, bastante. Ya que nos saltamos el desayuno, qué tal si preparo unos sándwiches con pepino y salmón ahumado con un poco de mayonesa. —dijo sonriendo enseñando los dientes —. Es mi especialidad —dijo haciendo una reverencia.

Disfrutamos de unos ricos y ligeros sándwiches hablamos de la gastronomía de Inglaterra, me contó que tenía una hermana menor, que era de padres divorciados y que vive solo. Después de comer, mientras yo con mucho asco limpiaba mi habitación., acción que me llevo casi una hora, mientras Harold se fue al hotel para hablar con Gaby. Quería dejar las cosas tranquilas, sin dramas. Después de terminar de desinfectar mi habitación, me di una rica ducha rápida. Me puse unas medias pantys sobre las rodillas. Negras, tan oscuras que parecían botas largas. Las cuales en la parte de arriba en los muslos tenía a “toro” grabado en el muslo izquierdo y en la pierna derecha el nombre “toro” con un pequeño corazón rojo y abajo en el tobillo tenía una silueta de un pequeño gatito blanco o mini toro. Me vestí con un vestido jersey de punto gris oscuro. El corto del vestido era como el de una mini falda. Debajo me puse un short de licra negro sin tanga. Me dejé el cabello suelto y me hice unos rulos grandes con unas pinzas para el cabello. Y de calzado me puse unos lindos botines de cuero gris claro. De accesorios tan solo me puse en las cuatro perforaciones de las orejas 4 pequeños pendientes de estrellitas de plata. Mi inseparable guardapelo y un anillo de ópalo azul-verdoso en forma de hoja hecho de plata.

Capítulo 12

A las 3:14 de la tarde, después de revisar mis emails y de escuchar un poco de música, mi mamá me llamó para que me pasara por el hotel. Al parecer mi tío Richard quería sin excusas que todos cenáramos a las 7 de la noche en la terraza del hotel. Pero mientras deseaba que nos encontráramos todos en la piscina al aire libre que estaba templada quería que nos relajáramos en familia. Busqué en el cajón de la cómoda en el último cajón un sencillo bikini negro. Había pasado mucho tiempo que no usaba traje de baño. Y cabe mencionar que era una pésima nadadora. apenas lograba estar unos 2 minutos en la parte honda. Metí todo lo necesario en un pequeño bolso de mano. Y tomé un taxi hasta el hotel. Cuando llegué. Sam me recibió con una sonrisa y detrás de él se acercó un apuesto hombre no muy mayor que Sam. Supuse que era Mark ya que el parecido con Sam era evidente. El cual se adelantó un día de su viaje.

—Primita. Este es mi hermano Mark —dijo moviéndose con gracia, como si estuviese presentando a alguien a un público imaginario.

—Hola —dijo tendiéndome la mano Mark—. Soy Mark.

—Hola, encantada, soy Crystal —dije estrellando su mano y sonriendo educadamente.

—Bien, veo que estamos todos —dijo mi tío Richard. Uniéndonos con mi mamá, papá, Gaby y por último Harold.

Todos llevaban batas, incluyendo a Sam y a Mark.

Harold me dio una mirada de angustia.

—Hija, estás preciosa —dijo mi mamá sonriendo. Su comentario hizo que me sonrojara.

—Gracias —dije casi tosiendo—. Si me disculpan, voy a cambiarme.

Todos asintieron y me fui al área de vestidores sin mirar a Harold ya que tenía la vista de todos en mi dirección. Gaby estaba apagada, tenía unos muy grandes lentes de sol que cubrían casi toda su cara. Mi mamá estaba preciosa y radiante y eso que aún no se quitaba la bata de baño. Mi papá estaba con su habitual cara de anfitrión. Richard todo relajado y muy correcto. Su esposa no la vi en ese momento. Y Harold... él me dejó con un nudo en el estómago. La mirada que me dio, me dejó preocupada.

Me cambié lo más deprisa que pude, dejé mi ropa y me encaminé hacia el área de la piscina.

Cuando llegué, Gaby estaba tumbada boca arriba en una silla larga y muy cómoda a simple vista; un poco alejada de la piscina. Mi mamá conversaba animadamente con un atento Richard. Mi papá estaba en el área del bar pidiendo unas bebidas. Sam y Mark estaban dentro de la piscina, en la orilla de la misma, hablando entretenidamente. Cada uno con bebida en mano; mirando de vez en cuando hacia un grupo de chicas que se divertían en la parte honda de la piscina. Era una piscina enorme.

Todavía nadie advirtió mi presencia.

Cuando en escena aparecieron todos juntos. La novia de Sam acompañada de su mejor amiga y tres muy guapos amigos de Sam. Y otras dos chicas que iban cuchicheando entrelazadas con el brazo de una con la otra.

No pude evitar preguntarme ¿cuándo habían llegado?

—¡Hey!, ¿qué hacen? —dijo un muy mojado Sam uniéndose a los recién llegados.

Entre risas y todos hablando al mismo tiempo. Sentí cómo me rozaron la cintura y pegué un brinco por la impresión. Me di vuelta rápidamente. Harold estaba en bañador tipo bermudas, negro con una gran franja gris en el medio con el logo de la marca Nike.

—¡Estás...!, para secuestrarte —dijo relamiéndose los labios.

De repente el frío que tenía se me fue. Por cierto, nunca me ha gustado meterme a una piscina casi saliendo del invierno. Admito que era interesante

el contraste frío con el agua templada de la piscina. La cual se podía graduar a más caliente depende del frío que hiciera.

—Tú tampoco estás mal. Solo de la cabeza —dije muy nerviosa. —Sabes que Gaby y sus amigas están todos en el mismo lugar —dije mirando sobre mi hombro.

Harold se rio a carcajadas, tapándose la boca para no llamar la atención. Aunque el área de la piscina era bastante amplia.

—Aún nadie nos ha visto. Estamos fuera del radar. Y a lo mejor sí estoy mal de la cabeza porque me muero por besarte sin que me importe nada.

Tragué saliva.

—Mejor vamos, voy adelante. —dije sonriéndole y mordiéndome inconscientemente el labio inferior.

Escuché cómo soltó un ¡ufff! cuando comencé a andar.

Los amigos de Sam me comieron con la mirada. No recuerdo cuando fue la última vez que tanta gente me vio en traje de baño. El cual me queda muy ajustado. Tenía tiempo que no lo usaba, había crecido. Me presentaron en el grupo. Harold se sentó en una silla a centímetros de donde yo me encontraba, lo miré de reojo, se colocó los lentes de sol que tenía antes encima de la cabeza.

Un tipo de piel morena me comenzó hablar. Creo que de nombre Ricky.

—Y dime, Crys —dijo sonriéndome con chulería—. Te puedo decir Crys.

—Sí —dije tranquilamente.

—¿Sabes nadar? —preguntó dándome un para nada disimulado repaso.

—Un poco —dije incomodándome.

Otro de los amigos de Sam. John un muy musculoso hombre de piel negra aceitunada. Dijo:

—Pues entonces ya sabes qué hacer, Ricky. —dijo mofándose.

El resto de los presentes, Sam, Mark, la novia de Sam, estaban en el bar. Las amigas de Gaby estaban charlando con ella, sentadas en las sillas continuas a la de ella. Mis padres, mi tío y su esposa... no los veía.

Cuando iba a decir algo. Ricky me tomó en brazos y se lanzó conmigo al agua. Grité antes de caer al agua. Estaba realmente furiosa. ¿Quién rayos se creía para tomarse el derecho de hacer lo que acaba de hacer?

Salí a la superficie con un Ricky a mi lado, tomándome descaradamente por la cintura y destornillado de la risa.

—¡Eres un imbécil! —dije gritando sacándole las manos de mi cintura y nadando lo más rápido lejos de él. Unos señores como de 40 y tantos años que estaban cerca me miraron con asombro.

Al llegar a uno de los bordes de la piscina, vi una mano extendida subí la mirada y era Harold, no podía mirarle los ojos por los lentes, pero su boca estaba en una línea. Se le notaba tenso y molesto.

—Gracias —dije aceptando su mano.

Miré hacia Gaby, que estaba apoyada con los codos en la silla y se había subido los lentes. Se le veía furiosa. ¡Sencillamente genial!, pensé. Sus amigas me echaron miradas asesinas. Tampoco es como si como cuando me las presentaron, me regalaron miradas amables. Sabía que Gaby les habló peste de mí, pero poco me importaba.

Harold miró también a Gaby y suspiró.

—Ignórala, ya hablé con ella. Fue agotador y no importa con qué chica me vea hablando. Odiará a todas.

—La verdad que no me importa, vamos —dije tomándolo por la mano.

Harold abrió levemente la boca.

—¡Hey!, espera, preciosa —dijo Ricky saliéndose rápidamente de la piscina.

Harold me dio un apretón en la mano.

—¡Vamos!, solo era broma, dulzura —dijo riéndose.

Miré con cara de picardía a Harold que frunció el ceño y luego miré a Ricky con malicia y dije:

—¡Claro!, lo entiendo, solo una broma. Entonces no te importará si hago esto —dije soltando a Harold y con ambas manos empujé a un sonriente Ricky a la piscina.

Harold comenzó a reírse tanto que se llevó las manos al estómago. Todos los que estaban en el área de la piscina, incluso en el bar, giraron a verme.

Luego le tomé la mano a Harold y nos alejamos hacia el área de vestidores. Había dos puertas para mujer y para hombres.

—¡Vaya!, eso fue genial —dijo subiéndose los lentes de sol a la cabeza. Y comenzando a reír.

Suspiré y me reí.

—El tío es un idiota —dije pasándome las manos por los brazos, comenzaba a tener mucho frío.

—Vamos, ven. —dijo tomándome por la mano.

Me detuve.

—Espera, pero... ¿Qué haces? Ese es el de mujeres —dije en tono asustado.

Me miró sonriendo con la cabeza de lado.

—Lo sé, entra si no ves a nadie, avísame. —dijo con sonrisa juguetona.

No protesté, entré y estaba completamente vacío.

Capítulo 13

Abrí la puerta y lo jalé por sus bermudas. Ya que no llevaba camisa. El cerró la puerta con el pie. Y yo lo empujé contra ella, bajé mi mano y le puse seguro a la puerta. Lo miré a los ojos, coloqué mis labios encima de los de él, saqué un poco la lengua y la pasé primero en su labio inferior y luego en el superior. La respiración de Harold se descontroló y me tomó por la cintura, pegando su cuerpo con el mío. De inmediato sentí su duro bulto en mi zona íntima porque se acomodó para quedar así ya que él era mucho más alto que yo.

—No tuvimos... nuestro mañanero —dijo con el tono de voz ronco que tanto me gustaba.

Me separé lo tomé por la mano y nos encaminé para un cubículo privado. Lo bueno es que era una puerta completa, no quedaba ni abajo ni arriba descubierto. Dentro había unas ranuras para airear el espacio. El cual era todo en madera, un taburete color negro y un espejo completo en la pared. Era un probador de ropa. Cerré la puerta. Era un espacio un poco reducido, así que Harold se sentó en el borde del mueble con las piernas un poco abiertas y yo me senté, como pude, a horcajadas de él. Nos comenzamos a besar

desenfrenadamente. Gimiendo y jadiando con ganas. Harold me recostó como pudo en el mueble. Me abrió las piernas con las manos.

—Pequeña, esta vez será un poco más rápido por el lugar donde estamos — dijo con voz ronca.

—Sí —dije mirándole de la boca al pecho y deteniéndome más abajo en su perfecta V. No pude frenar, mi mano derecha bajó por su ombligo hasta llegar a la “V” y tracé con los dedos la deliciosa letra. Harold gruñó en respuesta. Se levantó, se bajó el bañador y su polla me recibió. No podía pensar en la palabra “pene” Mi mente estaba en plan “hormonas locas” Y polla era tan “ufff”, perfecto en mi vocabulario mental.

Me levanté y coloqué mis manos en el lado izquierdo de mi parte inferior del bikini, ya que había que abrirle unas tiras, las cuales había amarrado haciendo un fuerte lazo.

—Déjame a mí —dijo Harold poniendo sus manos sobre las mías. Tiró del lazo y se abrió, luego lo hizo con el lado derecho y luego con ambas manos de cada lado, bajó la parte inferior del bikini. Me rodeó con sus manos, dejándolas en mi espalda baja, me besó con apremio y gemí al sentir en mi “amiga”, mi zona íntima, su gran erección, la cual colocó entre mis piernas, rozando mi zona. Subió las manos por mi espalda haciendo que me estremeciera y deshizo el lazo de la parte superior del traje de baño. Se alejó y me dio un repaso, relamiéndose los labios.

—Condón —dije respirando agitadamente.

—¡Mierda! —dijo entre los dientes.

Me reí suavemente, tomé una bata que estaba en un perchero.

—Yo antes de venir al hotel, me bajé en la farmacia del centro comercial y compré condones —dije sonriendo y bajando la mirada al suelo—. Y lubricante sabor a fresa —dije subiendo la mirada para verle la cara.

—¡Vaya!, mi pequeña angelita es muy, pero muy traviesa —dijo, me tomó por la cintura y me dio un rápido beso acalorado.

Salí fui por mi bolso de mano y saqué una caja de condones iguales a las que él trajo de Inglaterra. Cuando entré, me miró deseoso.

—¿Quieres ayudarme a ponérmelo? —dijo con voz ronca.

Asentí con la cabeza y me acerqué a él, tenía en su mano izquierda sujetado su pene, estaba tan duro. Ví líquido preseminal en la punta del mismo. Hice lo que me indicó y se lo puse. Al sentir mi mano encima de su miembro, jadeó.

Nos comenzamos a besar nuevamente y se sentó, colocándome a horcajadas sobre él.

—Lo haremos así, voy a entrar lentamente —dijo entrecortadamente.

—Ok —respondí

Comenzó a entrar. Yo era la que marcaría el ritmo encima de él. Cuando entró por completo y comencé a moverme, me clavó los dedos en las caderas y me

guió los movimientos, sujetándome las caderas. Solté un quejido, pero no era por dolor. Ahora lo sentía más adentro que la primera vez que lo hicimos.

—¿Pequeña, estás bien? —dijo deteniéndose.

—¡Sí!, sí estoy bien. no te detengas —dije continuando, ahora haciendo un movimiento que una vez leí que le llamaban “movimiento de equitación”, algo como montar a caballo, moverse de adelante para atrás e hice una variación moviendo mis caderas en forma circular.

—¡Joder! —Gritó de placer—. Nena, me estás... ¡por Dios!, qué gusto me das.

Bajó su mano a donde nuestros cuerpos se unían y comenzó a mover sus dedos en forma circular y rápida.

—Ha...Harold —dije mordiéndole el hombro izquierdo.

—¡Oh, pequeña!

Podrá ser más rápido que la primera vez, pero más intensa si eso era posible.

—¡Harold! —grité estremeciendo de placer, con mi cara apoyada en su hombro izquierdo. Fue un orgasmo tremendo, sentía cómo mi sexo seguía contrayéndose.

Apenas unos segundos después...

—¡Crystal! —gritó clavándome los dedos en las caderas. No con fuerza como para llegar a lastimarme.

Nos quedamos unos segundos respirando pesadamente, disfrutando de los efectos del orgasmo.

—¡Vaya!, esta vez fue más intenso —dije por fin mirándolo a la cara.

—Sí, eso fue tremendamente genial —dijo pasando sus brazos por mi espalda baja y dejando sus manos en mis glúteos.

Le di un beso en la punta de la nariz y me sonrió con ternura.

—No sé cómo puedes ser tan dulce y la vez tan condenadamente sexy y... ¡wow!, que lo eres. En la cama ni hablar y ni te digo en el puff —dijo sonriendo, divertido por su comentario ingenioso y regresándome el beso en la nariz.

—Tú no te quedas atrás —dije pasando mis brazos por su cuello. Le di un beso lento que hizo palpitar y contraer a mi amiga.

—¡Dios!, nena —dijo removiéndose bajo de mí. —. Sentí eso. —dijo. Ya que aún no salía de mí. Habíamos terminado, pero nos quedamos sin movernos, él estaba en estado semi flácido ya se le estaba bajando. Cuando mi vagina se contrajo por el beso que le di y sentí cómo se le ponía duro nuevamente.

Nos besamos un poco más y nos apresuramos. Me puse la bata y miré que no

hubiese nadie afuera para que Harold pudiese ir al vestidor de hombres. Para suerte, nadie tocó la puerta. Demasiada suerte, pensé. Sabíamos que estábamos corriendo el riesgo de que alguna mujer quisiera entrar a los vestidores. Y me pasó por la mente que excusa tener que dar sobre el porqué cerré la puerta que jamás debería de cerrarse ya que para eso hay probadores privados. Harold salió igual como entró vestido con su traje de baño. Yo me di una ducha rápida y me puse la ropa con la que llegué al hotel. En esos momentos entraron unas mujeres y comenzaron hablar sobre que la puerta estaba cerrada y me entró el pánico. Una de ellas decía:

—Sí, te lo juro, vine hace como media hora y estaba cerrado supuse que le estaban haciendo mantenimiento. Por suerte no tenía nada guardado, fui a uno de los baños cerca de la piscina.

Esperé que terminaran y se fueran. Salí del probador donde minutos antes Harold y yo le dimos rienda suelta a la pasión.

Capítulo 14

Eran las 5:40 de la tarde, todavía faltaba para cenar. Mis padres y compañía ya no estaban en el área de la piscina al aire libre, ahora estaban en al área de la piscina techada donde había varios jacuzzis. Pero no me quise unir a ellos, decidí tomar un taxi en ir al centro comercial, necesitaba desesperadamente un helado. Podía tomarlo en el hotel, pero no quería estar ahí. Le mande un mensaje de texto a mi mamá para decirle que me reuniría con todos a las 6:50 de la tarde.

Llegué al centro comercial a las 6:01 de la tarde. Fui por mi helado y di una vuelta mientras me lo comía. Me senté en una mesa frente a una hermosa fuente. Mi móvil vibro en mi bolsillo. Era un mensaje de texto lo saqué y lo leí decía:

“Te fugaste sin un beso. H.”

No pude evitar sonreír y le respondí:

“Necesitaba desesperadamente un helado”.

“Bueno aquí hay mucha azúcar, podíamos haberlo comido juntos” contestó.

Me reí y le envié:

“Necesitaba salir del hotel, los amigos de mi primo no me gustan”.

Me quedé pensando que tampoco me gustaban mis primos. Bueno, Sam no era malo, era un poco estirado y su hermano Mark muy callado y serio, aunque de él no podía opinar sin conocerlo. Gaby pues no malgastaría mi escape pensando en ella...

“Lo sé, nunca antes me provocó tanto golpear a alguien” envió Harold.

Me reí y me tapé la boca ya que un grupo de señoras se me quedaron mirando como si me hubiesen salido 2 cabezas. Sabía que se refería a Ricky, al que me lanzo con él a la piscina.

“¿Vas a venir a cenar?”.

Me quedé mirando cómo la gente paseaba y hacia sus compras.

“No lo sé, de verdad, no quiero enfrentarme toda la noche a Gaby” envíe.

“Pequeña, te dije que no le hagas caso, si quieres mantendré la distancia contigo”

“Pero igual ella nos vio cuando te tomé de la mano y nos fuimos juntos”

respondí.

El teléfono, sonó era Harold llamando.

—Oye, lo entiendo, sé que no es fácil, pero me importa un pepino lo que piense Gaby, su papá y el resto —suspiró— De todas maneras, me niego a hacer de esto un drama. Así que me mantendré durante la cena lejos de ti, lo prometo.

—Me parece lo mejor. De verdad no quiero hacerle daño a Gaby, podrá ser insufrible y todo, pero no la conozco y aunque me hayas dicho que ustedes llevaban tiempo mal, no quiero echarle leña al fuego, mejor es mantener la distancia enfrente de ella y de mi tío ya que eso es incómodo —dije y solté un suspiró.

—Bien, por favor, no dejes de venir, tu mamá mira el reloj a cada rato —dijo soltando una risita.

Puse los ojos en blanco, le respondí que nos veíamos pronto antes de cortar, me dijo una guarrada y luego se echó a reír. No me incómodo era muy caliente que las dijera de vez en cuando.

Capítulo 15

Llegué al hotel a las 7:05 de la noche, fui directamente al restaurante en la terraza. Todos estaban en una gran mesa sentados, hablando amablemente.

Gaby me miró con cara de burla, al igual que sus amigas. Estaban muy elegantes las 3, Gaby tenía un minúsculo vestido de noche, me pareció muy exagerado ya que era una cena informal. Y su vestido gritaba formal. Aunque yo nunca le preste atención a la moda y a veces me perdía un poco con la etiqueta.

Kat la esposa de mi tío, estaba vestida informal pero hermosa, parecía lista para caminar por una pasarela; mamá, papá estaban sencillos pero guapos, el resto de los presentes igual informales. Aunque mi tío igualaba a su esposa, podía subir a la pasarela en cualquier segundo. Mi tío estaba en la cabeza de la mesa, mi papá en la otra punta, a mano izquierda de mi tío, su esposa a su lado Gaby y las amigas de ella del otro lado mi mamá, yo a su lado, Mark a mi lado y luego Harold. Sam, su novia y sus tres amigos estaban en la barra. Decidieron tomarse unos tragos y picar. Supuse que después comerían.

—Y bien, Crystal —dijo de pronto mi tío, el cual estaba llevando una conversación de trabajo con mi papá mientras su hija se reía por tonterías con

las amigas e ignoraba por completo a Harold, como si no existiera. Cosa genial para él, pero yo no me salvé cada vez que Gaby me miraba me asesinaba con la mirada; mi tío me sonrió después de su pausa y dijo —Ya pensaste, ¿a qué universidad quieres ir? —dijo tomando su copa.

El color se fue de mi cara, ¡de verdad!, tenía que hablar de mi futuro académico, acaso el hombre no sabía disimular y no meterse en la vida de los demás. Odiaba cuando los familiares de otras familias hacían eso, no solo con sus familiares sino también con los amigos de ellos, que es peor aún.

—Sí, a la que fue papá —dije copiándolo y tomando un vaso con agua. Que en ese preciso momento deseaba que se convirtiera en una “smirnoff” La única vez que me emborraché fue un día después de la muerte de mi abuelo, me escapé de casa tarde en la madrugada y caminé hasta la casa del árbol de una casa que en ese momento estaba en venta y la familia ya se había mudado. Subí disimuladamente. Durante el día, gracias a la ayuda de un compañero de clases, un chico popular logró comprarme, gracias a un primo de él, un “six pack de Smirnoff”. Cabe mencionar que esa madrugada no había comido casi nada en todo el día y mi estómago absorbió todo el alcohol.

—¡Oh! Ya veo, yo puedo ayudarte, si quieres, para que no sigas perdiendo tiempo —dijo sonriéndome, moviendo su copa de lado a lado con petulancia.

¡Pero qué diablos! ¿Quién rayos se cree? Hasta que por fin mostró su cara, lo que le faltó fue reírse a carcajadas de mí.

—¿Sabes qué? —dije levantándome perdiendo los estribos. —No, gracias no sé... ¿quién te crees que eres? Apenas llevan casi dos días aquí, tu molesta

hija... -dije sin mirar a Gabriela- Y es tan petulante, arrogante, frío y engreído. Nada más de mirarlo es suficiente. Papá, lo siento mucho, pero me harté de esta familia, es un mal chiste, los únicos que valían la pena eran los abuelos, he pasado muchos años callada, aguantando y descubriendo tanta basura acumulada de esta familia. Adiós -dije y me fui corriendo del restaurante. La cara de todos los presentes, tanto en la mesa que segundos atrás compartí, más los comensales del restaurante era de sorpresa, la de mi mamá de impresión y de dolor y la de mi papá de desconcierto y rabia. La de Richard de impresión y arrogancia. No pude mirar a Harold, fue al único que no miré al final.

Me subí a un taxi que en ese momento dejaba un pasajero enfrente del hotel. Mi móvil sonó, era Harold. Le dije al taxista que esperara, que no arrancara ya me había subido.

—Pequeña, ¿dónde estás? —dijo con voz agitada, como si estuviese corriendo.

—Afuera en un taxi, aún no me he ido —contesté apagada.

—Bien, espérame, ya voy.

Harold apareció casi al instante y se subió al taxi respirando rápidamente. Se pasó una mano por la frente.

—Arranque —dije.

—¿Estás bien? —preguntó colocando una mano en mi muslo izquierdo.

—Sí, no aguantaba más, estaba saturada. —dije mirándolo a los ojos, los cuales me miraban con comprensión.

—¿Para dónde quieres ir? —preguntó.

—A una cabaña que era de mi abuelo, ahí no se les ocurrirá buscarme ya que mi abuelo y yo hicimos un trato. Yo inventé hace años que me daba terror esa cabaña y mi abuelo me llevaba con él y pasábamos horas juntos, luego inventaba que me llevaba a pescar al lago, que quedaba a 15 minutos de la cabaña cuando realmente íbamos a la cabaña, rara vez, de verdad, me llevaba a pescar.

Duramos casi dos horas en llegar, era prácticamente en las afueras del pueblo.

En el transcurso, saqué mi teléfono móvil y me pegué más a Harold, compartimos mis auriculares y dejé que escuchara mis canciones favoritas, él hizo lo mismo con su móvil. Mi mamá me llamó al poco tiempo de dejar el hotel, le pedí que me dejara tranquila, le dije que estaba bien, que me quedaría en alguna posada del pueblo que no me buscara, que necesitaba despejar la mente, me dijo que mi papá estaba tremendamente decepcionado y muy molesto conmigo, le dije que no me importaba, que pronto me largaría del pueblo, que tenía suficiente dinero no para la universidad, pero sí para conseguir dónde vivir en Nueva York. Ya me las apañaría para conseguir un trabajo. Harold, obviamente escuchó todo eso, pero no hizo ningún comentario.

Cuando llegamos a la cabaña, eran las 11:10 de la noche. Harold pagó el taxi. No protesté, me parecía un acto caballeroso, aunque después le diría que me a mí me gusta también compartir gastos, en este caso el gasto era solo mío.

Había muchas cabañas frente al lago y en las montañas. Con los años todas las cabañas habían sido vendidas, las más caras eran las que estaban frente al lago. Cuando llegamos, parecía un pueblo, aparte sonreí, nunca me cansaba de este lugar era mágico. La última vez que vine tenía 15 años.

—Es realmente hermoso —dijo Harold. El lugar estaba todo iluminado por farolas había un puesto de vigilancia que implementaron la gente rica del lugar. Nos registramos en la alcabala. Sorprendentemente me encontré con un viejo amigo de mi abuelo que era antes un vigilante de una de las posadas del pueblo, ahora era jefe de los vigilantes de esta zona. Me contó que ya estaba en sus 78 años de edad, me dijo eso después de darme un sorpresivo abrazo de oso al reconocermelo.

—Tu abuelo era muy querido aquí —dijo Harold después de dejar la alcabala.

—Sí. —suspiré—. Y ha pasado tiempo desde que no vengo —dije caminando a su lado.

Harold me tomó de la mano y caminamos así, hasta la cabaña, en un agradable silencio.

Nick, el amigo del abuelo me dio una copia de la llave, no me pidió explicaciones al ver que no traía la llave original. Cuando abrí la puerta, el corazón se me encogió, mi mente viajó a la última vez que vine con mi abuelo.

Podía escucharlo riéndose, aquí fue donde me regaló el guardapelo con la foto de él y la abuela. Sentí que las lágrimas corrían por mis mejillas. Harold me sacó del recuerdo.

—Pequeña —dijo frente a mí, secándome las lágrimas con sus dedos pulgares—. ¿Qué sucede? —dijo mirándome con ojos de preocupación.

—Nada, es que me acordé de mi abuelo la última vez que estuve aquí, fue a los 15 años por mi cumpleaños, él me regaló esto —dije sacándome el guardapelo debajo del vestido.

—Ya veo, es realmente precioso —dijo con sus manos en mis mejillas y mirando el guardapelo.

Las lágrimas se detuvieron.

—Aquí hay ropa —dije serenándome, caminé hacia la sala, la cual era grande, no enorme pero sí grande y hermosa, muy acogedora con vista hacia el bosque gracias a unos hermosos ventanales que estaban en ese momento cubiertos con unas cortinas. Al abuelo no le gustaba que las cerraran nunca, no importaba si no había nadie en la cabaña —. Arriba hay tres habitaciones, la principal que tiene un jacuzzi enorme, ocupa un buen pedazo de la habitación, te va a encantar. Las otras dos habitaciones son sencillas y comparten baño. Esta cabaña tiene capacidad para 10 personas más o menos. Me refiero para que duerman si se hace una fiesta, bueno, tendrían que acampar afuera —dije sonriendo con nostalgia.

—¿Me estas proponiendo hacer una fiesta?, o me estás diciendo que has hecho

fiestas antes aquí —dijo sonriéndome con entusiasmo y diversión.

—No, pero siempre me imaginé cómo sería dar una fiesta aquí, me recuerda a algunas novelas que he leído —dije sonriendo con emoción.

—Bueno, no sé si hacer una fiesta pronto, pero lo que sí quiero hacer ahora, sino estás muy cansada, es usar el jacuzzi —dijo mirándome con picardía y sonrisa juguetona.

Sabía que me estaba distrayendo y ¡rayos!, era la distracción más genial de todas.

—No tengo traje de baño —dije con aire de inocencia.

Sus pupilas se dilataron.

—Bueno, no necesitamos seguir las reglas, estamos en medio de la naturaleza.

—Tienes razón —dije sonriéndole con sensualidad.

Gracias a los cielos, la cabaña era bastante moderna, encendimos rápidamente la chimenea. Mi abuelo no era millonario, pero invirtió mucho. Y hoy en día esas inversiones son bastante costosas. La cabaña estaba limpia, cosa que no me sorprendió, mi papá le pagaba a mantenimiento y eso que no usaban la cabaña, papá lo hacía para mantener todo en orden y no lo juzgaré. Había ropa de papá de unos años atrás, ropa que dejó guardada para cuando pasara a relajarse un poco, pero como dije, papá no ha venido en más de 4 años. Al encender la chimenea, cuando nos disponíamos a subir por las escaleras, miré

con sensualidad a Harold, puse a reproducir mi lista de música favorita en mi móvil, lo coloqué en una mesa cerca del pie de la escalera a máximo volumen. Comenzó a sonar “A little taste de Skylar Stonestreet”. Canción perfecta para mis hormonas descontroladas. Gracias al hombre de ojos verdes más increíbles que he visto en mi vida.

Me llevé una mano a la boca, me mordí con picardía el dedo índice, luego lo bajé al cuello del vestido. Tomé el borde del vestido y lo comencé a subir hasta sacarlo por mi cabeza. Sin dejar de mirar a Harold que me miraba hechizado. Quedé en un sexy body transparente de flores en color negro. En pocas palabras, una ropa interior muy sexy. Mi mamá no sabía que la tenía, después de comenzar a leer temática erótica, comencé a comprarme cosas sexys. Nunca pensé que la usaría tan rápido con alguien como Harold.

—Joder, Crystal —dijo con la boca abierta y los ojos como platos. Miré hacia sus pantalones. Su erección era evidente. Me sonrojé, me encantaba cómo reaccionaba tan rápido a mí. Llevaba una camisa manga larga color roja de cuadritos negros difuminados. Unos jeans negros muy ajustados con un roto en la rodilla izquierda y unos botines color miel de gamuza. Los dos primeros botones de la camisa abierta se le veía el pecho y vi un collar con una cruz de plata. Es la primera vez que se la veía puesta. Y lo que más me encanta de sus accesorios son 5 anillos. Desde que lo vi por primera vez. Siempre lleva 3 en la mano derecha y 2 en la izquierda. No se los quitaba, solo cuando estábamos teniendo relaciones sexuales, cuando tenía sus manos... dentro de mi “amiga”.

Comencé a subir las escaleras y luego terminé de subirlas corriendo y

riéndome como una niña pequeña. Harold me alcanzó y escuché cómo comenzó a sonar la canción “I will let you go de Daniel Ahearn” Quedé perpleja. Que comenzara precisamente esa canción... tenía algo la letra y la melodía que sentía que contaba mi situación con mi familia con mi abuelo. Harold frunció el ceño con el teléfono en la mano.

—Esa... esa canción habla de lo que he sentido todos estos años mi situación familiar... —dije con la boca levemente abierta y mis ojos reflejaban claramente el impacto. Porque precisamente comenzará a sonar ahora. Sé que estaban al azar. Pero no podía salir de la impresión.

—Pequeña, no sé qué decirte, es una canción triste pero preciosa —dijo parado mientras la canción continuaba, nos quedamos oyéndola hasta que terminó. Al terminar, caminé rápidamente hacia Harold y lo abracé, me regresó el abrazo. Y sin soltarme apagó el móvil. Yo no lloré, solo necesitaba de sus brazos. Subí mi cara y lo besé. El beso fue dulce lento muy tierno.

—¿Quieres dormir? O lo quieras —dijo separando sus labios de los míos y tomándome con sus manos las mejillas en un gesto de cariño.

—No estoy cansada, ¿tú sí? — pregunté ya recuperada, sonriéndole sin mostrar los dientes.

—No, pero quiero que estés bien. No quiero agobiarte —dijo mirándome directo a los ojos como estudiándome.

No pude evitarlo, envolví mis brazos alrededor de su cuello y lo besé con pasión. Esa fue suficiente respuesta para que Harold me alzara por la cintura y me tumbara en la cama con él arriba de mí, apartó unos cojines con los brazos

que cayeron suavemente encima de una alfombra junto a la cama de matrimonio. Y me besó con frenesí. La única luz de la habitación provenía de una de las lámparas en forma de jaula de lado derecho de la cama, encima de una mesita de noche. Lo desvestí besando cada parte expuesta de su piel aprovechamos que estábamos en un lugar apartado y dimos el 100% de nuestro ser, todo estaba intensificado el sonido el tacto. Nuestras respiraciones, los jadeos, gemidos, gruñidos de placer sonidos guturales por el éxtasis generado por el placer. Harold bajó corriendo a buscar mi cartera en el sofá ya que hay traía conmigo los condones. Esa fue la única pausa que hicimos, muy divertida, por cierto, la protección primero, dije riendo cuando bajó gruñendo, pero no de placer. Cuando llegó a la habitación, parecía un guerrero sexual, todito para mí me relamí los labios y me dijo colocándose el condón.

—Nena, tienes pronto que tomar la píldora anticonceptiva cuando te lleve a Inglaterra, espero que ya la estés tomando —me detuvo con la mano ya que iba a decirle... ¿qué? —. ¡Shhh!, pequeña eso lo hablaremos después de que te haga el amor.

¡Acaba él...!, acaba de decir “hacer el amor”, eso bastó y sobró para que lo tomara por el cuello y lo atrajera encima de mi cuerpo. Hicimos el amor lentamente. No me malinterpreten, no dijimos “te amo” ya que nos conocimos hacía dos días, pero sabíamos que era amor a primera vista, solo que era pronto para decirlo. Nos complementábamos tan bien que era casi doloroso, es decir, daba miedo que fuese una hermosa ilusión, pero me negué a pensar en eso. Me merecía vivir lo que mi abuelo siempre alimentó en mí. Una historia de amor de felicidad plena. Mi abuelo nunca decía “amor”, no usaba la palabra, realmente la usaba poco, la describía. Cosa que era aún mejor.

Nos quedamos dormidos abrazados, nuestra primera vez durmiendo juntos.

Lo que sucedió después fue que regresé a casa de mis abuelos sola. Harold, aunque quiso acompañarme, pero le dije que no, que necesitaba hacer esto sola, me esperó en una posada del pueblo. Recogí las cosas más importantes y necesarias. Mi papá gritó como nunca en su vida, mi mamá lloro, pero no pude hablar con ellos, no era el momento, tantos años guardando silencio, no podía en un día hablar con ellos y menos cuando había tanto ruido y nada de comunicación, papá gritando y mamá llorando en silencio, así no se podía. Por un momento pensé que papá me golpearía cuando comenzó a romper algunas cosas de mi habitación. Cosas que no tenían valor para mí. Sam, que estaba en casa corrió a mi rescate, jamás pensé que uno de mis primos me defendería y menos Mark que entró y se llevó a mi papá casi a la fuerza, nunca había visto a mi papá así, tan iracundo, no en ese extremo. Sam me preguntó muchas veces si estaba bien y le dije que sí, se me bajó un poco la tensión por el susto, me dio un refresco de cola y me acompañó al pueblo. Le di las gracias a él y le mandé gracias a Mark, mi mamá me alcanzó más tarde en el aeropuerto. Me abrazó y me dijo que teníamos una conversación muy larga, me preguntó para dónde iba y le dije que a Nueva York con Harold. Mamá se enteró de lo mío con Harold, me juró que quedaría entre las dos.

Harold y yo acordamos pagar mitad y mitad de un alquiler en Nueva York. Nos quedaríamos unos 3 meses ahí mientras yo me sacaba mi pasaporte para poder viajar con él a Inglaterra. Prácticamente solo habían pasado 3 días desde que lo conocí y ahora me iría a vivir 3 meses con él a un lugar donde siempre había soñado con vivir. Y luego iría a visitar su país natal. Me dije a mi misma “un día a la vez”. Como la canción que jamás pensé que sería nuestra historia. “One day at a time de Graham Colton”

FIN